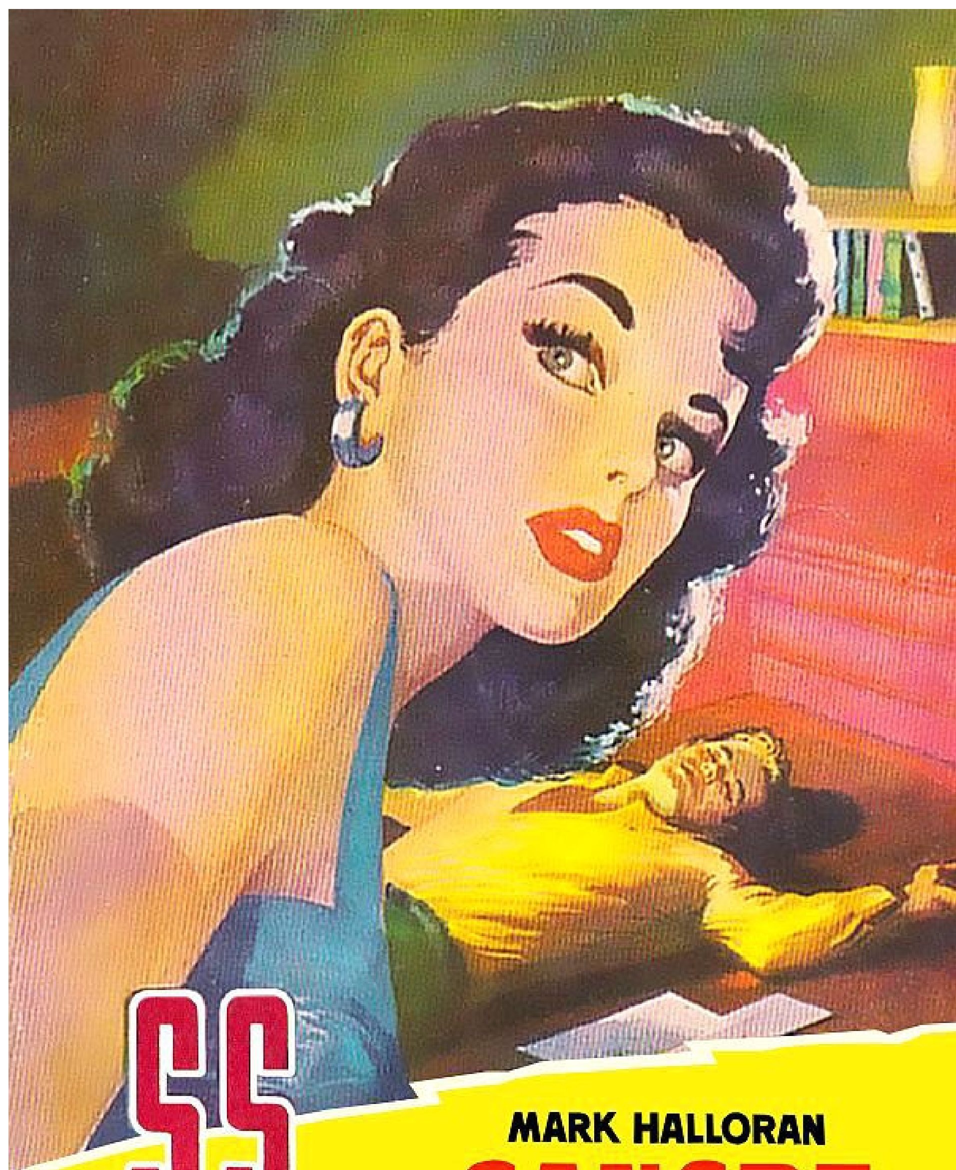


SS

SERVICIO SECRETO

MARK HALLORAN

SANGRE LATINA

En conjunto, Richard resultaba de una elegancia; excesiva, malsana, decadente. Su traje oscuro bien cortado, su corbata, el pañuelo blanco cuyas puntas pendían del bolsillo superior de la americana, el corte de su cabello negro, su cuidado bigote, todo, en fin, le hacía parecer recién llegado de los lugares menos recomendables de cualquier país europeo. Y efectivamente, dos años en Francia, Alemania e Inglaterra le habían transformado por completo.

Debido a ello, cuando el portero del «Club Pelikan» se hizo a un lado para dejarle pasar, le saludó rígidamente, como si fuera un cliente de postín. Pero no era un cliente de postín.



Mark Halloran

Sangre latina

Bolsilibros: Servicio Secreto - 307

ePub r1.0
jala y xico_weno 01.12.17

Título original: *Sangre latina*
Mark Halloran, 1956

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Mark Halloran

Sangre latina

1ª. EDICIÓN
JUNIO 1956

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453
BARCELONA (6)



SANGRE LATINA

POR MARK HALLORAN



CAPÍTULO PRIMERO

En conjunto, Richard resultaba de una elegancia; excesiva, malsana, decadente. Su traje obscuro bien cortado, su corbata, el pañuelo blanco cuyas puntas pendían del bolsillo superior de la americana, el corte de su cabello negro, su cuidado bigote, todo, en fin, le hacía parecer recién llegado de los lugares menos recomendables de cualquier país europeo. Y efectivamente, dos años en Francia, Alemania e Inglaterra le habían transformado por completo.

Debido a ello, cuando el portero del «Club Pelikan» se hizo a un lado para dejarle pasar, le saludó rígidamente, como si fuera un cliente de postín. Pero no era un cliente de postín.

Richard descendió por la escalera, sin prisa. Enfrente, a la altura del techo del piso donde terminaban los peldaños, había un espejo. Pocas mujeres, al pasar, resistían la tentación de mirarse. Y aunque no era una mujer, Richard no la resistió tampoco.

Junto al guardarropa, atendido por una vistosa rubita, una cerillera con medias de malla y vestido de gasa peligrosamente corto se adelantó hacia el recién llegado. Se paró ante él y, sin decir nada, levantando su pequeño muestrario, esbozó una sonrisa. La mirada de Richard recorrió aquella escultura de abajo a arriba, con lentitud. La sonrisa de la mujer no desapareció de sus labios.

Richard dejó dos dólares sobre los paquetes de tabaco.

—¿Qué desea? —preguntó la muchacha.

—Ofrezca, preciosa —contestó él, sin cesar de mirarla a los ojos.

Ella le tendió una cajetilla de cigarrillos.

—Muchas gracias, señor.

Le dio la espalda, sin dejar de sonreír suavemente. Se alejó contoneándose. Sentía sobre sí la mirada del nuevo cliente.

Richard se encogió de hombros y buscó el bar con la vista sin

moverse de donde estaba. Luego, cuando se halló sentado en un taburete alto, de colores escandalosos, hizo una seña al barman.

—El señor dirá.

—Coñac.

—¿Qué clase?

—Napoleón. Pero legítimo.

Un hombre calvo que estaba junto a él se le quedó mirando. Una morena delgaducha, pero atractiva, inmovilizó la mano con que retocaba su peinado y la mantuvo sobre la cabeza unos instantes, mientras examinaba a Richard a través del espejo que enmarcaban infinidad de botellas. Pese a que el local se tenía por cosmopolita, la petición y el tono en que fue hecha no eran de lo más frecuente.

Cuando le hubieron servido, Richard giró sobre el taburete y se apoyó de codos en el bar. Su mirada recorrió la pista de baile, donde cinco parejas, casi en la penumbra, seguían el compás de un pegajoso arreglo de Frankie Laine. Tan sólo la mitad de las mesas que rodeaban la pista estaban ocupadas.

En una de ellas, una joven rubia, apenas iluminada por la tenue luz roja que proporcionaba una diminuta pantalla, se llevaba una copa de champaña a los labios. Debía de haber bebido ya lo suyo antes, porque, al encender un pitillo, su mano tembló. Le costó bastante; lograr que la punta del cigarrillo y la llama coincidieran.

Richard hizo señas a la delgaducha sentada ante el bar.

—Bailemos —dijo—. ¿O no te conviene consumir calorías?

Ella contestó:

—Según con quién.

Se dirigieron a la pista. La orquesta tocaba un viejo *bines*.

—¿Vienes mucho aquí, paloma?

—Seis veces por semana. Día de aburrimiento, los domingos.

—¿Quién es aquella rubia?

—¿Cuál?

—La que está acabando con todo el champaña de la casa.

La delgaducha miró hacia la mesa.

—No la he visto en mi vida —suspiró—. Debe de ser uno de esos corazones solitarios. O quizá no, quizá sea demasiado guapa para corazón solitario. A veces se dejan caer por aquí. Todas cogen la gran borrachera, y al día siguiente sus mamás les echan una bronca. Luego se toman unos zumos de fruta y, por regla general, no

insisten. Pero, oye…

Terminó la pieza. Richard acompañó a su pareja hasta la primera hilera de mesas sin prestar la menor atención a su charla.

—Dile al camarero que te sirva algo. Volveré dentro de cinco minutos.

La muchacha se encogió de hombros, frunció el ceño y pidió un *whisky*. El desaire no parecía enojarla demasiado.

Richard se dirigió a la mesa del corazón solitario y se sentó sin pedir permiso. Preguntó:

—¿No le convendría más beber agua mineral?

—Oiga —comenzó la muchacha, con voz pastosa a causa de la bebida—, ¿quién es usted y quién le ha dado permiso para sentarse aquí conmigo?

—Mi nombre… seguro que no le dirá nada. Permiso no me lo ha dado nadie. Estoy solo y aburrido como usted. ¿Me marcho?

Ella titubeó. Le examinaba entornando los párpados.

—Quédese, si eso le hace feliz. Nos aburriremos juntos.

—¿Tiene interés en aburrirse?

—No tengo interés en nada —la voz de la muchacha se convirtió en un susurro cuando añadió—: Hoy es catorce de diciembre.

Richard guardó un instante de silencio.

—Podemos bailar, ¿no?

—Bueno. Pero tendrá que sostenerme bien, o caeré sentada en mitad de la pista…

Cuando la joven se levantó, él descubrió que se trataba de una mujer espléndida: alta, de largas piernas, elegantes caderas y busto perfecto. En su cara graciosa, los labios eran ligeramente gruesos. Sus ojos verdes estaban casi cerrados a causa del sueño y la bebida.

Se agarró del brazo de Richard para que no se notase demasiado su inseguridad al andar, y se encaminó con él a la pista de baile. Al asirla su pareja por la cintura, apoyó la cara en su hombro y cerré completamente los ojos. Estaba a punto de dormirse.

Así bailaron largo rato.

Luego volvieron a sentarse. El hombre no se mostraba molesto por la modorra de la muchacha. Varias veces, sin embargo, consultó su reloj; hasta que, por fin, tras mirar la esfera luminosa de nuevo, sacudió a su acompañante con cierta brusquedad.

—Es tarde —dijo—. La acompañaré a casa. Ya ha bebido

demasiado por hoy.

Sin levantar la cabeza ella articuló:

—Como quiera. Usted manda.

—¿Dónde vive? ¿Cómo se llama?

—Setenta y cinco, Mayflower Avenue… Me llamo Sonia Roberts.

—La llevaré en mi coche.

Richard pagó la consumición de la mesa, se dirigió al bar casi arrastrando a Sonia y pagó también el coñac y el *whisky* anteriores. Antes de marcharse guiñó amistosamente un ojo a la delgaducha a quien invitara. Al pasar ante la cerillera compró a esta otro paquete de tabaco. En voz baja, como para que no le oyera Sonia, dijo:

—Mañana póngase un vestido bonito. Vendré a buscarla cuando termine su trabajo.

Y se fue sin esperar contestación.

Capítulo II

Richard se comportaba con la mayor naturalidad, la cual no perdió ni cuando hubieron salido del club. Ya en la calle, un guardia que transitaba por la acera vio de qué modo conducía a la chica: un brazo de ella por encima de los hombros y ciñéndola fuertemente por la cintura. Inmediatamente se ofreció a ayudarle.

—Es mejor que la llevemos a cualquier dispensario —sugirió—. Digo, señor, si no tiene usted inconveniente…

—Déjelo, agente. Gracias. La llevaré a casa.

—Allá usted. Pero creo que le sentaría bien una buena ración de amoniaco.

El guardia, que estaba, por lo visto, acostumbrado a aquella clase de escenas, cooperó como pudo en la instalación de la muchacha en el asiento delantero del coche.

—Esta chica debe de ser nueva en el barrio —comentó—. Salen muchas así del «Pelikan». Es la primera vez que la veo, o de lo contrario, seguro que me acordaría de ella.

—Se acordará a partir de hoy —sonrió Richard.

Y puso en marcha el auto.

Estaban atravesando la parte de Nueva York más concurrida a aquella hora: Broadway. Los edificios tenían un aspecto abigarrado muy peculiar. Junto a enormes construcciones de cemento y acero se veía alguna que otra casa de madera, superviviente de los tiempos heroicos de Manhattan. La iluminación de los anuncios no dejaba un solo rincón en la obscuridad. La gente circulaba sin prisas. Los vehículos invadían la calzada.

Entre dos y cinco de la madrugada se despachaba en aquel sector más alcohol que en ninguna otra parte del mundo. Casi tanto como durante la Ley Seca.

Junto a personas vestidas de gala se encontraban, acá y allá, tipos sin afeitar, de ropas casi destrozadas y llenas de mugre, que se ofrecían a enseñar «lo auténtico» de Broadway por unos centavos. Los cuatro o cinco autocares llenos de turistas provincianos que entonces estaban aparcando a la altura de la Calle 43 hicieron frotarse las manos a varios de ellos.

Richard frenó y, sin salir del coche, dejó transcurrir diez minutos. Luego abrió la portezuela del vehículo y se apeó.

Entró en un *drugstore*. La dependienta a quien pidió una botella de *bourbon* le miró con marcada insistencia. A pesar de que en el establecimiento solían verse los tipos más raros bajo todos los aspectos, pocas veces aparecían hombres tan definitivamente elegantes. No es que a ella le gustara aquella moda de chaquetita corta, pero a aquel cliente le sentaba bien.

Mientras le envolvían la botella, Richard se metió en la cabina y llamó por teléfono. Estuvo bastante rato hablando y, al salir, una amplia sonrisa le iluminaba el rostro.

Pagó y se despidió amablemente de la empleada, quien fue siguiéndole con la vista. De nuevo en la calle, se subió el cuello de la chaqueta, lo que no estaba muy a tono con su cuidada elegancia.

Al regresar al automóvil se encontró con que la chica tenía los ojos abiertos. Un cigarrillo le temblaba entre los labios.

—Ahora, a casa —anunció él.

—Como quiera —articuló Sonia, tras intentarlo varias veces.

Richard tiró del demarré. Conducía con cuidado, porque el piso estaba sumamente húmedo.

Se detuvo, minutos después, ante un regular edificio de apartamentos. Desde luego, no era aquélla la dirección que la joven le había dado. Estaban lejos de Mayflower Avenue.

—¿No íbamos a mi casa? —preguntó torpemente Sonia, cuando se halló en el interior de un estudio muy bien amueblado y decorado con gusto excepcional.

Richard sonreía.

—En seguida, paloma. He venido a buscar unas cosas que dejé olvidadas. Nos tomaba de paso. Arránquese toda preocupación de la cabeza y siéntele un momento.

Descorchó la botella de *bourbon* y sirvió un gran vaso. Sonia apuró este de un trago, mientras él desaparecía tras de una puerta.

Cuando volvió, la muchacha estaba completamente dormida, tumbada en un sofá. La última copa la había derrumbado.

Por eso no oyó cómo, a los pocos minutos, llamaban a la puerta…

CAPÍTULO III

Cuando abrió los ojos, al despertar, Sonia no varió de postura. Miró al techo. Después inclinó la cabeza a un lado y volvió a cerrar los ojos. Tardó algún tiempo en fijarse nuevamente en las cosas que la rodeaban. Al principio la invadió una sensación de desconcierto; y luego, súbitamente, un escalofrío de horror la recorrió de pies a cabeza.

Se hallaba en una casa desconocida.

Se incorporó bruscamente, y creyó que el cráneo iba a saltarle en mil pedazos. Apretóse las sienes en un intento vano de calmar el dolor, sin conseguirlo. Al palparse el cabello se dio cuenta de que estaba completamente despeinada. Lo que sentía ahora era algo más que extrañeza. Mucho más…

No llevaba puesto sino un zapato, y el otro no estaba a la vista. Se sonrojó. El corazón comenzó a latirle con violencia. Tenía la boca reseca, como si se la hubieran restregado con un tejido áspero, y su dolor de cabeza se hacía más intenso cada vez.

Un poco más dueña de sí, recorrió con la mirada la habitación donde se encontraba. Era una gran sala, con enormes vidrieras. Excepto ella misma, no había nadie.

Al fondo, los rescoldos de una chimenea estaban casi totalmente cubiertos de ceniza. Pero alguien, ¡alguien!, tuvo que haber encendido aquel fuego. Y en una mesita extremadamente baja, de madera blanca, había una obscura chaqueta de hombre con dos aberturas laterales al dorso. Aunque sin saber ni remotamente lo que había ocurrido, Sonia se puso a temblar. Se frotó los ojos para convencerse de que no soñaba. ¡Y no soñaba!, ¡por supuesto que no!

Se levantó del sofá. Con la punta del pie descalzó se quitó el único zapato que llevaba. Así anduvo hasta la puerta que

comunicaba con la habitación contigua y, por fin, se decidió a empujarla con timidez.

La acongojaba el siniestro silencio que reinaba en torno. Le entraron ganas de gritar con todas sus fuerzas, o de silbar como silban los chiquillos cuando están solos en su casa, para ahuyentar el miedo…

De pronto, se le desorbitaron los ojos y se llevó la mano a la boca para no, emitir el alarido que ya escapaba de sus labios. Tuvo que apoyarse en la pared.

Allí delante, a poca distancia de ella, había un hombre tumbado en el suelo. Una enorme mancha de sangre, que manó de su cabeza, estaba ya coagulada sobre el entarimado del piso.

Sonia se sentó en un butacón, y el temblor de sus manos, que aún no había apartado de la boca, se hizo extensivo a todo su cuerpo. No quitaba la vista del cadáver, como si la mancha negruzca de sangre la hipnotizara.

Luego se serenó un tanto, y fue de este modo cómo empezó a recordar: el «Club Pelikan»… champaña… una botella para ella sola… un hombre elegante…, la llevaba a casa medio dormida… un coche negro… y nada, absolutamente nada más, ¡hasta entonces!

Como si de pronto se le hubiera ocurrido algo en lo que antes no atinó, se puso en pie, fue a la habitación donde despertara y recogió su monedero y sus guantes. Buscó afanosamente el zapato que le faltaba. Lo encontró en un pequeño mueble-bar. Alguien tuvo que meterlo a propósito allí.

Ya se disponía a salir del apartamento, separándole tan sólo dos pasos de la puerta, cuando echó de menos su abrigo de pieles. Estaba segura de habérselo puesto la noche anterior. No lo encontraba. Perdió cinco minutos más revisándolo todo alocadamente, y galio sin él. La aterrorizaba permanecer por más tiempo en aquella casa. Alguien debió de haberse llevado su abrigo del estudio. Si no había ocurrido más que eso…

En la escalera, que bajaba corriendo a pesar de los altos tacones de sus zapatos, tropezó con un hombre joven. Siguió adelante sin reparar en él.

Tenía los nervios destrozados cuando hizo desesperadas señas a un taxi libre.

CAPÍTULO IV

Johnny Gálvez, del
F. B. I.,
no estaba acostumbrado a pasarse de juerga toda la noche, y la anterior, por lo visto, la había corrido buena. Así, cuando su compañero Pat Coletta entró en el despacho sin llamar, le encontró con las piernas sobre la mesa y el ala del sombrero cubriéndole el rostro hasta el bigote. Dormía plácidamente, con las manos entrelazadas detrás de la nuca.

Coletta se quitó la americana, que tiró sobre una silla a pesar de tener una percha en las mismas narices. Se despojó del revólver calibre treinta y ocho, de cañón aserrado, y abrió un cajón de la mesa donde Gálvez apoyaba parte de sus piernas, para guardarlo allí cuidadosamente. Luego lo cerró de un empujón, procurando hacer el mayor ruido posible, y lo consiguió; lo que no quiere decir que despertara a su compañero, quien seguía con las manos tras la cabeza, inmóvil.

Coletta no era, al parecer, hombre que se desanimara fácilmente. Con el diario matutino que tenía plegado en la mano, dio un papirotazo a Gálvez e hizo que su sombrero volara por los aires. Gálvez, sin mover las manos, abrió un ojo, sólo uno; vio a su amigo, cambió las piernas de posición y siguió durmiendo.

Coletta dijo:

—Si en las próximas elecciones ganamos los demócratas, vamos a terminar con los parásitos del Estado como tú. ¡Vaya una Administración!

Le contestó un ronquido.

Pat Coletta no amaba la monotonía. Cuando todo marchaba bien, se empeñaba en variar el ritmo. La cosa era no estarse quieto

ni un segundo, y si además veía a los otros moverse por su causa, tanto mejor. Por eso se sentía a disgusto, viendo a Gálvez en aquella plácida postura. Ésa fue la causa de que dejara sonar varias veces el teléfono antes de cogerlo. Y no por otra razón lanzó un «¡diga!» con voz de trueno ante el auricular. Disfrutó lo indecible al pegar un golpe a su camarada y comunicarle que la llamada era para él.

Medio dormido aún, Gálvez preguntó:

—¿Quién?

—Soy Gene, encanto —repuso una voz femenina—. Temía que hubieras olvidado que a la una…

Por un momento pareció que Gálvez iba a ponerse a llorar de fastidio.

—Sí, sí, querida. De acuerdo… hasta la una.

Y colgó.

—¡Ah, Gálvez, las mujeres no nos dejan vivir en paz! —bromeó Coletta.

—Ni los hombres dormir en paz.

Pat no quiso darse por aludido y, sonriente, se puso a leer unos informes extraídos del cesto de mimbre que había sobre su mesa, frente a la de Gálvez, líate, en tanto, fue a mojarse la cara. Sabía que no había ya forma de continuar durmiendo.

Volvió a repiquetear el teléfono. Esta vez fue Gálvez quien lo cogió directamente.

—¿Sí?

Una voz fría y enérgica dijo:

—Aquí Mike Sprague. ¿Verdad que anoche estuviste en el «Club Pelikan», Johnny?

—¿A qué viene eso?

—¿Estuviste o no?

—¡Si!

—Pues lee los periódicos.

—¿Que lea los periódicos? Oye, Mike, ¿es un acertijo? Si anoche tomé unas copas de más, no creo…

La voz le interrumpió rápidamente:

—Te espero en el número mil cincuenta de la calle Cuarenta y dos.

La comunicación fue cortada.

Gálvez, perplejo, depositó el teléfono en la horquilla y se pasó la

mano por el rebelde cabello. Miró en torno. Sobre la mesa estaba el periódico con que Coletta le había despertado. Lo cogió y lo abrió.

Noticias políticas, un campeonato de boxeo, un avión perdido en el Caribe… Un asesinato. Allí estaba. En la información figuraba la foto de un hombre en mangas de camisa, tumbado en el suelo.

Gálvez comenzó a leer el texto, pero no lo terminó. Se detuvo en un párrafo que rezaba:

> *«Anoche, la víctima fue vista en el “Club Pelikan”. El hombre en cuestión entró sólo en el local, pero al salir iba acompañado de una hermosa mujer que se encontraba en malas condiciones físicas a causa del alcohol que había ingerido».*

Seguía la descripción de la mujer. O los testigos habían cargado las tintas, o se trataba de una criatura realmente extraordinaria. La policía andaba ya en su busca para inculparla de asesinato.

Gálvez emitió un suave silbido.

—Mike Sprague trabaja a presión.

—Bueno —intervino Coletta—, ¿qué es lo que ocurre?

Su compañero no contestó. Había abandonado el periódico y se ceñía la funda axilar, con el revólver reglamentario. Luego se echó al brazo la chaqueta. Así se dispuso a salir de la oficina.

Dijo a Coletta desde el umbral:

—Pide una escoba al almacén. Te permitirá estar en movimiento, y quizá lo encuentre todo más limpio cuando vuelva.

Coletta contestó con una frase no apta para reuniones de sociedad.

CAPÍTULO V

El coche oficial que conducía a Johnny Gálvez aparcó a veinticinco metros de la puerta mil cincuenta, aprovechando el espacio libre que en aquel momento dejaba un «Caddy» azul y rosa. El agente del F. B. I. se apeó y anduvo el poco trecho que le quedaba. La gente caminaba por la acera con prisas, dando codazos y empellones. La hora no era apropiada para pasear.

Una muchacha que llevaba bajo el brazo un libro pasó junto a Gálvez y le miró al soslayo. Él hizo una breve mueca. Ella sonrió. No se detuvo, pero siguió adelante con la cabeza ligeramente vuelta, como si esperase del hombre algo más.

«Condenado trabajo», masculló el agente. Tenía en las venas sangre latina. Sangre caliente y bulliciosa. Su metro setenta y cinco de estatura, sus obscuros y expresivos ojos, su rebelde cabello negro y el trazo visible de su bigote revelaban una ascendencia española de la que se mostraba muy ufano y a la cual procuraba siempre hacer honor.

Lanzó una última y melancólica mirada a la muchacha y se paró ante la puerta mil cincuenta. Enseñó su placa federal al guardia que la custodiaba.

—¿En qué piso ha sido, agente?

—En el catorce —el guardia se llevó mecánicamente la mano a la gorra—. Puerta D.

Gálvez subió. Cuando iba a pulsar el llamador de la puerta D, ésta se abrió y salieron por ella dos hombres cargados con máquinas fotográficas. Él se metió en el estudio sin que nadie se lo impidiera.

El teniente Sprague, de la Metropolitana, era pelirrojo. Vestía de paisano y mascaba chicle.

Gálvez le dijo:

—Ya estoy aquí.

—O. K. —masculló el policía—. Ven conmigo un momento. Te apuesto una cerveza a que de esto sale algo gordo.

Condujo al federal a la habitación contigua. Allí no había nadie, excepto un hombre de aspecto abúlico que fumaba junto a la ventana. En el suelo, con tiza, se había trazado el contorno de un cuerpo. En la parte correspondiente a la cabeza se veía aún una mancha de sangre, enorme, obscura y asquerosa.

Sprague dijo al hombre abúlico:

—Trae acá las fotos.

Mostró éstas a Gálvez cuando las tuvo. Gálvez arrugó el entrecejo.

—Quizá necesites ver el cadáver —añadió el policía—. No sabía que anoche hubieras ido al «Pelikan», pero me he enterado de que debutaba Gene… y he supuesto…

—Una hipótesis que honraría a Sherlock Holmes.

—¿Verdad?

—¿Qué cuerno pretendes?

Sprague se pasó el chicle de un lado a otro de la boca.

—Durante alguno de los fugaces instantes en que tu atención no estuvo concentrada en Gene, ¿te fijaste en este hombre?

Gálvez examinó las fotos. El individuo a quien representaban, con el siniestro realismo de las fotografías policíacas, tenía la cabeza destrozada a golpes, pero su rostro era vagamente reconocible.

—Sí, estaba en el «Pelikan». ¿Cómo lo has averiguado tan pronto?

—Llevaba un programa en el bolsillo de la chaqueta, y otro en el posterior del pantalón. Y una chapa del guardarropa. El programa anunciaba la presentación de Gene Evans. Decía: «Hoy», o sea ayer. Ponía su retrato. Cosa seria, Johnny, esa muchacha. Electriza sólo con verla, y no te digo al natural. Pero debe de tener los sesos de aserrín cuando le hace caso a determinado sujeto…

—Muy bien, eres un águila. Ahora, ¿qué pinto yo en esto? Vi a ese tipo, pero no crucé con él una palabra. ¿O me has llamado para decirme que a ti también te gusta Gene?

—Te he llamado para decirte que del asunto os encargáis tú y el

F. B. I.

Gálvez entornó los párpados.

—No será una broma.

—No.

—Puedo servirte de testigo si, a pesar de tu cabezona, consigues resolver el caso; pero nada más.

—Mucho más —suspiró Sprague—. Mucho más, Johnny.

—A ver.

El teniente, pensativo, aceleró el movimiento de sus mandíbulas.

—¿Cómo era la rubia que fletó ese pájaro en el «Pelikan»?

—Quitaba el hipo.

—¿Con Gene delante?

—Gene no me ha cegado todavía.

—Enhorabuena —sonrió burlonamente Sprague—. La rubia se fue con él, ¿no es así?

—Sí. Estaba sola en una mesa, y el tipo se acercó, Bailaron. Ella llevaba encima una trompa como un portaviones. Se marcharon juntos al cabo, no sé, de media hora.

—Adivina lo que me han dado en el «Pelikan» a cambio de la chapa del guardarropa.

—Suéltalo.

—Un abrigo de visón. No está mal, ¿eh?

Gálvez se encogió de hombros.

—Busca a la chica y déjame en paz a mí. Si eso es todo…

—No. Ahí, en la habitación de al lado, hay un cenicero con dos colillas manchadas de carmín.

—¿La muchacha vino a este departamento?

—¿No?

—Estaba borracha. ¿Le mató ella?

—¿A ti qué te parece?

El agente federal soltó una interjección.

—Me tiene sin cuidado. Adiós, Mike.

Sprague le asió del brazo.

—Espera. ¿Sabes quién es el muerto?

—Por supuesto que no.

—Richard Cornelutti.

—¿Y bien?

—Trabajaba en el Instituto Burnham, en Atlantic City. El

profesor Cornelutti era italiano, uno de esos extranjeros que fichamos durante la guerra para que nos ayudaran a devastar Nagasaki e Hiroshima. Asesor de la Comisión de Energía Atómica. Especialista en termorreactores.

Gálvez dijo solamente:

—No tenía aspecto de eso.

—He llamado por teléfono al Instituto —añadió el pelirrojo, observándole—. Estaban preocupados. Cornelutti no compareció en todo el día de ayer ni dio explicaciones por su ausencia. Me pareció que era allí uno de los peces gordos.

El agente federal murmuró algo ininteligible, Sprague continuaba mirándole fijamente. Dijo:

—No niego que pueda tratarse de una coincidencia; esto quizá ¡sea una especie de homicidio ocasional! Tal vez Cornelutti quiso hacer sus pinitos en esas actividades de las que tú eres maestro, y la chica le salió honesta. No sólo en las novelas hay muchachas que matan a un hombre para defender su virtud. Pero, sea como sea, el asunto quedará en vuestras manos. ¿De acuerdo?

—No depende de mí —el rostro de Gálvez reflejaba ahora una clara preocupación—. Mike, me quedo Con estas fotos.

—Perfectamente.

—Remíteme los informes del laboratorio y los datos de archivo que resulten del análisis dactiloscópico. Todo, Mike.

Sprague sonrió y repitió:

—Perfectamente.

—Supongo que habré de darte las gracias.

—No estaría de más. Y si estos días andas muy Ocupado y te falta tiempo, llámame y cuidaré de vigilar a Gene que no te la rapte nadie. Los de la Metropolitana hacemos la mar de bien esta clase de servicios…

Gálvez dijo lo que pensaba de la Metropolitana, y se fue.

CAPÍTULO VI

El hombre era moreno. Bastante alto. Fuerte, aunque no era la pura fuerza física lo que le daba aquel extraño aire de dominio. Quizá el secreto de su personalidad estaba en sus ojos, en la brillante y magnética mirada de sus ojos.

Sonia permaneció contemplándole más de un minuto. Vio que tenía la cara larga, de rasgos como trazados a cincel, y que entre sus labios curvados en una remota sonrisa asomaban unos dientes blanquísimos y regulares. Vio que vestía un traje gris de excelente corte, que calzaba zapatos de precio y que su gabán y su sombrero eran de primera calidad. Iba muy bien afeitado.

—¿Qué desea?

El hombre dijo suavemente:

—Ayudarla.

Estaba inmóvil en el umbral, tal como apareció cuando ella abrió la puerta al sonar el timbre. No demostraba la menor intención de entrar sin que le invitasen, ni de imponer su presencia ni de ser descortés. Pero había algo terriblemente turbador en su aplomo.

Sonia murmuró:

—No entiendo.

—Sí entiende, señorita Roberts. Como ve, la he encontrado. Con mayor o menor dificultad, tarde o temprano, la policía la encontrará también.

La muchacha no pudo dominar un estremecimiento.

—¿La… policía? Oiga…

—¿Qué?

—¿Quién es usted?

—Me llamo George Gálvez. Abogado. Aunque no he venido aquí

en calidad profesional. He venido únicamente porque, a primera hora de esta mañana, usted y yo hemos coincidido en el pasillo del piso catorce de la casa número mil cincuenta de la calle Cuarenta y Dos Oeste. Usted corría y ha chocado conmigo. Ni me ha visito siquiera. Supongamos… que eso ha herido mi vanidad.

Sonia se había puesto pálida, estaba blanca como el papel. Respiraba agitadamente.

—¿Qué pretende? —Logró articular, haciendo un esfuerzo.

—¿Ha leído los periódicos?

—No.

—Su amigo Richard Cornelutti ha aparecido asesinado… ¡Eh! —El hombre que había dicho llamarse George Gálvez vio que la muchacha se tambaleaba y adelantó rápidamente un paso para sostenerla—, no se desmaye. Me pondría en un apuro. Soy abogado, no médico.

Sonia temblaba. El hombre esperó y, al comprobar que no recobraba el dominio de sí misma, entró en el departamento, cerró la puerta a su espalda y condujo a la joven hacia el interior.

Se encontró en un cuarto de estar muy confortable, casi lujoso. Se notaba en mil detalles que quien lo habitaba era una mujer. Todos los colores eran vivos, pero amables. Había muebles tapizados de plástico, flores y bonitos cuadros en las paredes.

Gálvez acompañó a la muchacha a un diván y practicó un rápido registro de la habitación, hasta descubrir una botella de *whisky*. Sirvió un vaso y se lo dio a beber.

—No tenga miedo. Recuerde que lo primero que le he dicho es que estoy aquí para ayudarla.

—Pero… aquel hombre…

—Beba un poco más.

Sonia bebió un poco más. Cuando recobró la serenidad suficiente para darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor, vio a George Gálvez sentado junto a ella en el diván, fumando un cigarrillo y sonriendo. Su sonrisa, sin saber por qué, le infundió confianza.

—Aquel hombre no era amigo mío —consiguió decir—. Ignoraba hasta su nombre. Y no le maté, ¡estoy segura de que yo no le maté! ¡Dios mío —su voz pe quebró—, es peor que una pesadilla!

Gálvez la contempló en silencio, un instante.

—Bueno, fúmese un cigarrillo. Le calmará los nervios.

Le dio el cigarrillo y se lo encendió. Ella dijo:

—¿Cómo me ha encontrado?

—El destino lo ha querido así.

—Por favor…

La sonrisa del abogado se hizo burlona.

—Tiene que haber sido el destino. Una gestión en favor de un cliente me ha llevado al mil cincuenta de la calle Cuarenta y Dos: casualidad pura. He tropezado con usted en un pasillo, y lo demás… Quiero que me entienda. Al cruzarnos en ese pasillo he mirado su rostro. En cierto modo causaba horror. Jamás, ni en el cine, he visto una expresión de desesperación, angustia y miedo comparable a la suya. Usted huía de algo espantoso… volaba materialmente escaleras abajo… No he podido resistir la tentación de seguirla. Ha tomado un taxi. He anotado el número de la matrícula. Cuando he sabido que un tal Richard Cornelutti había muerto asesinado en el departamento D del piso catorce de aquella casa, he comprendido la verdad. Me ha sido fácil localizar al taxista y averiguar por él adónde la condujo. Aquí estoy.

El cigarrillo temblaba en los labios de Sonia.

—¿Dice que ha adivinado la verdad? ¡Yo no maté a aquel hombre!

—Entonces, ¿quién fue?

—No lo sé.

—Ha de saberlo. Pasó la noche en su casa.

La muchacha miró a los ojos de Gálvez y se le cubrió de rubor el rostro. Aplastó nerviosamente el cigarrillo sobre un cenicero.

—No me enteré de nada. Estaba ebria.

—¿Sí?

—Piense de mí lo que guste. Ayer era catorce de diciembre. Necesitaba emborracharme hasta morir, hasta volverme loca… hasta…

Gálvez la interrumpió fríamente:

—Hoy es quince de diciembre. ¿En qué consiste el programa del día?

—¡Márchese y déjeme en paz!

—De acuerdo. Avisaré a la policía.

—¡Espere!

El abogado rió.

—¿No le gusta la idea?

Sonia ocultó la cara entre las manos y permaneció así, inmóvil, unos segundos. Cuando empezó a hablar lo hizo a media voz y sin levantar la cabeza. Su tono reflejaba un extraño cansancio.

—Un día catorce de diciembre mataron a mi marido en Corea. Nos habíamos casado la misma víspera de su partida y celebramos la cena y despedida en el «Club Pelikan». Él nunca volvió. Nunca.

Gálvez se inclinó hacia adelante.

—Usted fue anoche al «Pelikan».

—No pude contenerme. Me sentía… tan horriblemente sola…

—Siga.

—Pedí una botella de champaña. No tengo costumbre de beber, pero quería que… ¡Oh, usted no puede comprenderlo!…

—Quizá.

—Luego, él se sentó a mi mesa.

—¿Quién?

—Un desconocido. Mi primer impulso fue arrojarle de allí. Le odié por violar mi intimidad, por introducirse en mis recuerdos… De pronto, no sé lo que me hizo cambiar. No era un hombre corriente. Se mostraba superficial, pero en su mirada se adivinaba un fondo de sufrimiento. Estaba solo como yo.

—¿Simpatizaron?

—Me abandoné a las circunstancias, simplemente. Bailamos y bebimos. Dijo que me acompañaría a casa. Le di mis señas. Yo estaba ya en el límite de mi resistencia, durmiéndome de pie, y apenas recuerdo que me condujo a su coche; pero, a partir de entonces, hasta que desperté… allí… tan espantoso… no recuerdo nada más.

—¿No recuerda ni haber entrado en el departamento de Cornelutti?

—No.

—¿Qué sucedió al despertar?

Sonia relató lo ocurrido aquella mañana en el departamento, su descubrimiento del cadáver, su fuga.

—Vine aquí —concluyó—, y estoy esperando, incapaz de tomar una decisión, la que sea, lo que Dios quiera. No puedo más. Si usted cree que debo acudir a la policía, acudiré. Pero yo no maté a ese

hombre.

—¡Hum! —murmuró Gálvez—. Curiosa historia.

—Se figura que miento, ¿no es así?

El abogado no contestó. Sólo al cabo de un momento dijo:

—Me tiene sin cuidado el hecho de que matara o no matara usted a Cornelutti. Si le mató, sería con motivo sobrado… suponiendo que esa historia sea cierta. Vamos a suponer que lo es. He venido a ayudarla.

—Es imposible —repuso Sonia.

—¿Qué es imposible?

—Conozco a los hombres: nunca dan algo a cambio de nada. Los caballeros andantes no existen más que en los libros, y usted pretende ser un caballero andante… Ha venido a ayudarme porque le movió a compasión la expresión que vio en mi cara cuando tropezamos en el pasillo. ¿No es eso lo que quiere darme a entender?

—Ahora es usted quien se figura que miento.

—Sí —admitió francamente la muchacha.

Gálvez se encogió de hombros.

—Corra el riesgo. No está en situación de andarse con remilgos. Le ofrezco ocuparme de usted y, por lo menos, ponerla a salvo de la policía hasta que se aclara un poco más el asunto. Luego, si el caso llega, la representaré como abogado. Y si ello ha de disipar sus escrúpulos, le permitiré pagar mis honorarios profesionales. Tómelo o déjelo.

La muchacha le miró fijamente. Titubeaba.

—Es usted un hombre raro.

—Dio en el clavo: soy raro. ¿Qué decide?

—Acepto.

Gálvez se puso en pie. Sus ojos brillaban de un modo especial.

—Conforme. Prepare una maleta pequeña con lo que considere más imprescindible. La primera medida a tomar es sacarla de aquí. Toda la policía de Nueva York andará en estos momentos sobre su pista.

Sonia asintió. Diez minutos después había preparado la maleta y, con el abrigo puesto, se hallaba a punto para salir. Había obrado automáticamente, sin un instante de reflexión. Una voluntad superior a la suya parecía empujarla.

Gálvez tenía en la calle un «Hudson» verde. Estaban ya dentro del coche cuando la muchacha preguntó:

—¿Adónde me lleva?

—A mi casa.

—¿Qué?

—Yo no soy Richard Cornelutti. Tómelo o déjelo.

Sonia se estremeció.

—Todo es tan precipitado… tan nuevo para mí… Me parece vivir un sueño, o como si me hubiera convertido en otra persona a la cual ocurren cosas… que a mí no me hubieran ocurrido jamás…

Por tercera vez, Gálvez dijo lacónicamente:

—Tómelo o déjelo.

Y ella calló.

El abogado vivía en una casa un poco antigua, junto a Meridian Square, a corta distancia del corazón de la ciudad, en el que fue barrio de armadores y navieros en el Nueva York de mediados del siglo XIX. Uno frente a otro y en silencio, subieron en el lento y señorial ascensor. La casa olía a maderas viejas: un aroma sedante, inconfundible.

En el rellano del cuarto piso, Gálvez se sacó del bolsillo una llave.

—Tome.

Sonia la cogió y le miró sin comprender.

—Entre e instálese a su gusto —añadió él—. No hay nadie. En la guía telefónica encontrará el número de mi oficina. Si quiere verme o tiene algún recado para mí, llame y comuníqueselo a mi secretaria. Diga; que es de parte de Clara Smith, yo sabré a qué atenerme.

La muchacha se pasó la lengua por los labios.

—Sospecho que he cometido un error.

—Todos los cometemos.

—Puede que, en efecto, sea usted una especie de caballero andante.

—¿Ha oído hablar de un tipo a quien llaman Don Quijote?

—Sí.

Gálvez sonrió. Dio a la joven una suave palmada en la mejilla.

—Adiós. Distráigase con la televisión y no se preocupe.

Descendió nuevamente a la calle, pero no regresó enseguida al

coche. Anduvo hasta la esquina, Se metió en una cafetería y se dirigió al teléfono. Marcó el número del Departamento Central de Policía.

—Brigada de Homicidios —pidió—. Teniente Sprague —y añadió al cabo de un momento—: ¿Mike?, Soy George Gálvez.

—¿George? —La voz del policía reveló sorpresa—. ¿Qué cuerno ocurre?

—He leído en los papeles que te ocupas de lo de Cornelutti.

—Me ocupaba.

—¿Quién lo tiene ahora?

—Pregúntaselo a tu hermano.

Gálvez arrugó el entrecejo. Murmuró:

—Qué coincidencia… Oye, Mike.

—¿Qué?

—¿Quieres decir que el caso ha pasado al

F. B. I.?

¿Por qué razón?

—Pregúntaselo a tu hermano —repitió Sprague. Y agregó mordazmente—: No me sorprende. No me sorprende en absoluto.

—¿Qué es lo que no te sorprende?

—Que estéis los dos Galves olfateando ese asunte. Hay unas faldas dentro, ¡y qué faldas!

—¿Sí? —dijo el abogado, pensativo.

Y cortó la comunicación.

CAPÍTULO VII

Se había puesto a hacer frío de repente. El aire cortaba la cara. Un viento antipático soplaba a ráfagas. Caía una ligera aguanieve, y el suelo estaba helado.

A Johnny Gálvez, del
F. B. I.,
no le gustaba el frío. Descendía de habitantes de países soleados, gente morena y de sangre cálida, como él. Cuando bajó del coche y comenzó a andar por la acera, con el sombrero echado hacia atrás y el rebelde cabello negro asomándole por debajo del ala, maldecía en su fuero interno de las circunstancias que le habían llevado a aquella situación. Sin embargo, parecía importarle poco la llovizna y el viento. Su aspecto era sólo el de un hombre que se aburre.

Centenares de cristalitos de hielo crujían bajo sus zapatos. Había anochecido ya. Al llegar a la altura de la verja de hierro que rodeaba un descuidado jardín y una casa de dos pisos de recios trazos, el agente del
F. B. I.
se detuvo. No supo exactamente por qué. Tuvo la sensación de que, entre las cortinas da una ventana del primer piso del caserón, unos ojos seguían insistentemente su avance. Como en los viejos melodramas. Esbozó una sonrisa. A causa de la cerrazón y de las pobres luces del distrito, la visibilidad era casi nula. Ni en aquella ventana ni en ninguna otra se distinguía a nadie.

Gálvez continuó a paso lento por la acera, dobló la esquina y se encontró en una calle ancha y desolada. El tránsito era nulo. El aguanieve caía en silencio. Los faroles arrancaban tétricos reflejos al asfalto mojado.

Ante la gran puerta del bloque de edificios al cual se dirigía

estaba parado un camión. Unas letras de bronce rezaban: «Instituto Burnham». No parecía un centro científico, sino más bien un almacén de granos, o un taller de tintorería. Su arquitectura carecía del colosalismo y las pretensiones que en tales construcciones suelen prodigarse. Había una tapia de ladrillo, unas moles cúbicas y unas lámparas fluorescentes. En el zaguán, una garita de vidrio. Dentro de ésta, un guardián uniformado.

Dos lucecitas rojas se encendieron cuando se aproximaba a la garita. Gálvez mostró su credencial. Dijo:

—Me espera el doctor Doyle.

El guardián disimuló un bostezo.

—Deje aquí su obús. El reglamento lo cumple el propio presidente.

Gálvez depositó su revólver sobre el mostrador de la garita y recibió a cambio una contraseña.

—Aquella puerta, al fondo.

Las lucecitas rojas se apagaron. La puerta se abrió automáticamente a medida que él avanzaba por el pasillo. Al otro lado había una oficina con media docena de escritorios vacíos, más otro ocupado por una muchacha de cara de ratón. Gálvez repitió para ella su frase:

—Me espera el doctor Doyle —y añadió—: Soy Gálvez, del F. B. I.

La muchacha habló por un interfono. Luego se puso en pie.

—Sígame.

Gálvez la siguió. El balanceo de sus caderas carecía de gracia. Con la femineidad que había en toda su persona apenas hubiera podido llenarse medio dedal: Gálvez poseía una capacidad innata para medir esto.

La muchacha llamó con los nudillos a una puerta, por pura fórmula y la abrió. El agente le guiñó un ojo.

—Visite el Instituto Eva, en la calle Veinte, cuando tenga un rato libre —murmuró—. No se arrepentirá.

Entró, y enseguida percibió un olor sofocante. Miró en torno. Estaba en una habitación rectangular, amueblada como un despacho en la parte más próxima a la puerta, pero habilitada como laboratorio a partir de allí. Al fondo zumbaba un extraño aparato negro, y un recipiente de cristal despedía humos a la derecha.

Desde este lado se acercaba un hombre alto y flaco vestido con una bata blanca. Tenía poco pelo, de color gris, pasaba de los sesenta años y levantaba más un hombro que otro.

Su sonrisa, cuando tendió la mano, parecía la de un niño. Sus ojos azules y candorosos lo parecían también.

—Siéntese, señor. Le estaba aguardando.

Gálvez se sentó.

—Si fumo, ¿estallará algo?

—¡Oh, no! ¿Quiere un habano? A ver… un momento…

—Gracias, prefiero mis cigarrillos. Es por el hedor.

Los azules ojos del doctor Doyle expresaron sorpresa.

—¿Qué hedor?

—El que se nota aquí.

—¿Ah, si? ¿Hedor? Serán los vapores de beta-histodeno. Lamento tantísimo… uno no piensa…

—No se preocupe.

Hubo un silencio. El doctor Doyle semejaba tener la mente ocupada en algo muy remoto.

—He venido por lo de Richard Cornelutti —anunció Gálvez.

—¡Oh, claro! —El doctor no disimuló su alivio—. Ya me preguntaba… Es usted un inspector de Scotland Yard, naturalmente.

—Un agente del

F. B. I.

Scotland Yard suele trabajar en la capital de su país, que es Inglaterra. Los Estados Unidos obtuvieron la independencia hace casi doscientos años.

—Qué curioso.

Gálvez dio una chupada a su cigarrillo.

—¿Lee usted los periódicos, doctor?

—Sí, algunas veces. Muy interesantes.

—Richard Cornelutti fue asesinado anoche y en todo el día anterior no había comparecido por aquí. Estoy tratando de aclarar la causa de su muerte, si entiende usted lo que quiero decirle.

—Por supuesto.

—¿Qué significaba Cornelutti en el Instituto?

—Era uno de nuestros técnicos más calificados.

—¿Técnico en qué?

—Jefe de la sección de termorreactores.

—¿Trabajos atómicos?

—¿Atómicos?

—¿No se llaman así?

—No sé.

—Era también asesor de la Comisión de Energía Atómica.

—¡Oh! —El doctor hizo un gesto vago con la mano—. Eso son cosas políticas. Yo no entiendo una palabra de política, la dejo para los jóvenes inquietos como él. Cornelutti era un excelente muchacho. He sentido mucho su muerte, mucho, de verdad. Le esperaba un gran porvenir.

Gálvez sacó pacientemente de su bolsillo un cuaderno de notas y lo consultó.

—Según mis datos —dijo—, el Instituto Burnham es uno de los centros de investigación atómica más prestigiosa del país, y usted, doctor Doyle, lo dirige, Su nombre tiene fama mundial.

El doctor Doyle se ruborizó.



—Gracias por el elogio. Nos hemos especializado en el estudio del antiprotón, simplemente. Estamos empezando nada más. Gracias, muchas gracias.

Gálvez cerró con brusquedad su cuaderno.

—¿Podría hablar con alguno de los compañeros de trabajo del doctor Cornelutti? ¿Con alguien que le tratara íntimamente?

El doctor se desconcertó. Reflexionó un instante. Luego hizo una seña indicando que aguardase, se di rigió al escritorio y conectó el interfono. Preguntó:

—¿Está el doctor Baum? —Y le dijeron que sí, Añadió—: Ruéguele que venga enseguida.

Gálvez le miró atusándose el bigote.
—¿Cuánto tiempo llevaba Cornelutti en este Instituto?
—Desde su fundación, en mil novecientos cincuenta.
—¿Sabe lo que hacía antes?
—Estaba en Cambridge con el doctor Schultzer.
—¿De ayudante suyo?
—De ayudante técnico.
—¿Desde que llegó a los Estados Unidos?
—Creo que sí —llamaron a la puerta—. Oh, es Baum.
Era Baum. Gálvez vio a un hombre de unos cuarenta años que usaba gafas y tenía una gran nariz y una cara como si padeciese del estómago. El doctor Doyle los presentó. Baum había trabajado junto a Cornelutti en la sección de termorreactores.
—¿Qué son? —preguntó el agente.
—Pilas atómicas.
—Entiendo. —Gálvez suspiró—. ¿Qué clase de persona era Cornelutti? No quiero decir profesionalmente, sino en su calidad de hombre, de ser humano, de individuo particular.
—Un tipo alegre. —Baum pronunciaba unas erres que sonaban a sierra—. Un meridional que se reía de su amargura. Reservado, no obstante. Nunca fuimos amigos. En realidad, no creo que los tuviera.
—Baum ocupó brillantemente el puesto de Cornelutti durante el viaje de éste a Europa dijo con suavidad el doctor Doyle. Gálvez le lanzó tina rápida mirada. —Ahora volverá a ocuparlo, y de modo definitivo.
Baum se humedeció los flacos labios con la lengua.
—De modo —dijo Gálvez— que Cornelutti hizo un viaje a Europa.
—Un viaje de intercambio científico incluido en el plan «Átomos para la paz» —explicó Baum secamente—. Alemania, Francia e Inglaterra. Regresó hace poco.
—¿No estuvo en Italia?
—No.
—Pero era italiano.
—Lo fue.
—¡Hum! —murmuró Gálvez—. En la conducta de Cornelutti, ¿se notaba últimamente algo anormal?

Nadie respondió. Doyle miró a Baum. Éste dijo al fin:

—Desde que regresó de Europa se teñía el pelo. Le enojaban sus canas.

—¿Presumido?

—Mucho.

—¿Tenía alguna debilidad? ¿Juego, alcohol, drogas, mujeres?

—Le gustaban las mujeres gorditas. —Baum enderezó su abultada nariz—. Y los espaguetis. Sobre todo los espaguetis.

—Ya.

El doctor Doyle subrayó:

—Era soltero.

—Todo eso no me sirve de mucha ayuda. —Gálvez miró fijamente a Baum—. El doctor Doyle no entiende de política, pero usted podrá sin duda informarme de hasta qué punto las investigaciones que se efectúan en este centro revisten importancia estratégica… hasta qué punto afectan a la seguridad de la nación y del mundo en general…

—¿Está usted pensando en bombas y cañones?

—En armas nucleares.

—Nuestro trabajo es exclusivamente científico. Ahora bien, de él pueden obtenerse toda clase de aplicaciones prácticas.

—¿Es un trabajo secreto?

—Sí. Se nos vigila. —Baum hizo una mueca— como a delincuentes.

—¿Estaba Cornelutti en posesión de ese secreto?

—Tenía acceso a todo.

—¿Podía sustraer documentos, llevarse productos o tomar fotografías?

—En teoría, no. Nadie se lleva de aquí nada, sea cual sea el motivo. Todo el personal de los laboratorios, desde el último peón al doctor Doyle, es registrado por los guardianes al entrar y al salir. Sólo para introducir una cámara fotográfica se necesitaría permiso especial del Patronato que rige el Instituto…

—Ha dicho usted que eso es en teoría.

—Sí. Las anomalías prácticas no se pueden prever. Einstein nunca imaginó que su tesis de que la materia es una forma de energía conduciría a la carbonización casi inmediata de miles de infelices japoneses.

—Por tanto, un hombre que ostentaba aquí gran responsabilidad y gozaba de considerable libertad de acción, como Cornelutti, pudo, si se empeñó, sacar lo que quiso.

Baum se encogió de hombros. Gálvez miró a Doyle. Éste imitó el gesto de Baum.

—Muy bien —el agente se metió en el bolsillo su cuaderno de notas—. Daré por sentada la hipótesis de que Cornelutti era un espía y un traidor.

—¡Nadie ha dicho tal cosa! —replicó Baum vivamente.

—Tengo derecho a extraer conclusiones ¿verdad?

—¿A extraerlas de qué?

—De la actitud de ustedes. De sus reticencias. De su ambigüedad. —Gálvez se inclinó ceñudamente hacia adelante—. ¿Qué cuerno pasaba con Richard Cornelutti? ¿Tratan de protegerle por compañerismo?

—¿Está usted loco?

—No.

—Con Cornelutti no pasaba nada —dijo entré dientes el doctor Baum—. No era amigo mío, no lo era de ninguno de nosotros, jamás tuvimos otro contacto que la labor de cada día, pero no era un espía ni un traidor. No existen pruebas, ni siquiera sospechas. Aquí no se ha notado nunca nada en tal sentado, ni respecto a él ni respecto a nadie. Puesto qué pertenece usted al
F. B. I.
debe saberlo mejor que yo.

—Hum —gruñó el agente—. Ustedes tendrán, supongo, un historial completo de cada una de las personas empleadas en el Instituto. Quiero una copia del de Cornelutti.

Doyle dijo:

—Eso es asunto del Patronato. Mañana la pediré.

Y Baum:

—He oído que a Cornelutti le mató una mujer. ¿Por qué no se ocupan de ella, en vez de levantar castillos en el aire?

—¿Sabe usted algo de esa mujer? ¿O de alguna otra?

—Ni una palabra.

Gálvez hizo un gesto de saludo, se levantó y abrió la puerta.

—No era una mujer gordita —dijo.

Salió.

—Señor —le llamó a media voz la muchacha de cara de ratón, cuando atravesaba la oficina.

—¿Sí?

—Mi empleo aquí es muy bueno, señor; pero ¿qué fue eso que dijo del Instituto Eva? ¿Hay alguna vacante bien pagada?

—No me refería a un instituto científico. —Gálvez Siguió andando y añadió por encima del hombro—: Calle Veinte, Instituto Eva de Estética Femenina. No se arrepentirá.

CAPÍTULO VIII

El abogado George Gálvez no pidió permiso. Tampoco se sacó las manos de los bolsillos del gabán. Simplemente, empujó la puerta con la punta de su lustroso zapato.

Pat Coletta dio una palmada.

—¡Estupendo! ¡Visitas de cumplido a la familia! ¿Estoy soñando, Johnny, o es tu hermano a quien tenemos aquí?

Johnny Gálvez levantó la vista del informe que consultaba y la posó en el recién llegado. Sonrió.

—Dudo que sea una visita de cumplido. Conozco a George. Su cara habla por él.

—¿Qué dice ahora?

—Dice: «negocios».

—¡Qué listo! —George, todavía con las manos en los bolsillos, fue a sentarse en el ángulo de la mesa de su hermano—. ¿Te ha prevenido Mike Sprague?

—¿De qué?

—De que te haría una visita de negocios. Fue él quien me comunicó la noticia de que tú te ocupabas de lo de Cornelutti.

Johnny miraba a su hermano fijamente.

—George.

—¿Qué?

—Hasta hoy hemos caminado con rumbo distinto, pero los dos en contacto con la ley, cada cual a su modo. Eres abogado. Yo soy policía. Ha llegado el día en que, aparentemente, nuestros rumbos coincidan. ¿Qué pasará?

—¿Quién ha dicho que coinciden?

—¿Por qué te interesas en el asesinato de Cornelutti?

—Supón que tengo un cliente.

—¿Quién *es*?
—Supón que no puedo revelarlo.
—¿La muchacha que pasó con Cornelutti la noche?
—No bromees, Johnny.
—Repito que te conozco.
—Entonces, ¿por qué te preguntas qué pasará?
Johnny suspiró ruidosamente.
—Está bien. ¿Qué quieres?
—Déjame ver las fotos del muerto.
El agente federal hizo una seña a Coletta, y éste se levantó y registró un archivo. Tendió las fotos a George, quien las miró con atención una por una.
El cadáver de Richard Cornelutti había sido tomado desde todos los ángulos imaginables. Mostraba en la frente una tremenda brecha.
—¿Te las aprendes de memoria?
El abogado reflexionaba con el entrecejo fruncido. Distraídamente, se puso un pitillo en la boca. Estaba tan absorto que se olvidó de encenderlo. Johnny le aproximó su encendedor. Él casi se sobresaltó al brotar la llama.
—¿Y bien?
George devolvió las fotos a Coletta.
—Gracias. ¿En qué posición se encontraba Cornelutti cuando murió?
—En pie —dijo Johnny.
—¿Cuánto medía?
—Pat, trae su ficha.
Coletta trajo la ficha. George la leyó y, ante la escrutadora mirada de los dos federales, un destello iluminó sus ojos.
—¿Era profunda la herida?
—Le atizaron bien.
—Gracias —el abogado se apartó del escritorio.
—Habéis sido muy amables. Lo tendré en cuenta.
—¡Un momento! —Johnny le asió del brazo—. Esto es serio, George. Esto no es un asunto para charlatanes, no, ¡ni remotamente! Abandónalo enseguida, busca una morenita que te alegre el fin de semana y empieza a olvidar. Si tu cliente se interesa en el caso, que venga él a hacerme las preguntas. El… o ella. Pero

tú no, George, ¿entiendes?

George esbozó una sonrisa afectuosa y burlona a la vez.

—¿De qué tienes miedo?

—De tu carácter.

—Que es aproximadamente el tuyo.

—Por eso sé lo que puedo esperar de él. Échate atrás, George, antes de que sea tarde. No te pido que hables: los abogados tenéis vuestra ética profesional, como nosotros la nuestra, y la respeto; te pido, ¡cuerno! Que pongas pies en polvorosa.

George desprendió suavemente de su brazo la mano de Johnny.

—Se diría que un volcán va a entrar en erupción.

—No es imposible. Hay muchas clases de volcanes.

—Johnny, ¿qué ocurre?

Johnny titubeó. Miró a Coletta. Luego dijo:

—Richard Cornelutti ocupaba un alto cargo en el Instituto Burnham, donde se realizan importantes investigaciones atómicas. No acudió al trabajo el día de su muerte. No excusó su ausencia. Dicen que su comportamiento era últimamente el normal, el mismo de siempre; y que el único cambio en sus costumbres desde que regresó de Europa, que fue hace un par de meses, consistió en teñirse el pelo porque le enojaban las canas. ¿Se te ocurre, así de pronto, un motivo para que a un hombre le enojen sus canas?

George repuso casi en un murmullo:

—Una mujer.

—Exacto. Y para un técnico en pilas atómicas, una mujer puede representar serios peligros. Cierto tipo de mujer, al menos.

—¿Te refieres…?

—¿A la que salió con él del «Club Pelikan»? Pues no. Pensaba más bien en una mujer gordita.

George miró intrigado a su hermano.

—¿Qué mujer gordita?

—Ninguna en particular. A Cornelutti le gustaban así.

—No entiendo una palabra.

Johnny rió.

—Yo estaba casualmente aquella noche en el «Pelikan», George. Me fijé en Cornelutti de un modo superficial. Él y la mujer no se conocían de antemano. Ella había bebido por diez, y Cornelutti se sentó a su mesa por las buenas, y bailaron un rato y se fueron

juntos. Si no con él, se hubiera ido con otro: no podía tenerse sola en pie.

—¿Tú estabas allí? —dijo George, pensativo—. ¿La viste?

—Sí. Tumba de espaldas, ¿verdad?

—¿A mí me lo preguntas?

—¿No?

George arrojó su cigarrillo a un rincón.

—¿Esperas encontrarla?

—Tarde o temprano. Pero es la otra quien me interesa. A no ser…

—¿Qué?

—Que las dos coman del mismo pan. Un pan venido de más allá de nuestras fronteras.

Hubo un silencio.

—Ya veo —dijo George—. Tu hipótesis es que Cornelutti se mezcló al regresar de Europa en un asunto de espionaje, quizá que tuvo los primeros contactos con ese asunto allí; que intervenía una mujer gordita, del modo como las mujeres suelen intervenir en esto; que surgieron complicaciones, y a consecuencia de ellas Cornelutti murió asesinado.

—Olvidas un detalle: las complicaciones pudieron estar representadas por la dama del «Club Pelikan».

—O pudieron no estarlo. Gracias de todos modos, Johnny.

—Quedas advertido.

—Lo estaba antes de entrar aquí.

—George —la voz del agente federal se había hecho grave—, ¿puedo confiar en tu ayuda?

George se dirigió a la puerta.

—Soy tu hermano —dijo solamente.

Agitó la mano en dirección a Coletta y se dispuso a salir.

—Adiós, Quijote —murmuró Johnny.

El abogado le oyó. Cuando traspuso el umbral y cerró la puerta a su espalda, había una extraña mirada en sus ojos.

Coletta masculló un juramento.

—¿Por qué le has llamado así?

—Él ya lo sabe.

—¡Lo sabe! —El federal descargó un manotazo sobre el escritorio—. ¡Son demasiadas cosas las que sabe! ¿O no te has dado

cuenta? ¿No has visto cómo te sonsacaba sin soltar prenda de lo que guardaba en el buche?

En silencio, Johnny Gálvez se puso la chaqueta y tomó de la percha el gabán. Luego dijo:

—George sabe algo más aún, Pat. Sabe lo que a mí me conviene conocer y lo que no. No te metas en esto. Déjalo a su criterio. Y al mío.

Su compañero le miró ceñudo.

—¿A dónde vas?

—A que me de el aire.

CAPÍTULO IX

La secretaria anunció:

—Ha estado llamándole una tal señora o señorita Clara Smith. Ha pedido que la llame usted en cuanto llegue.

George Gálvez, en la antesala de su bufete, permaneció unos instantes inmóvil, con el sombrero y las manos en los bolsillos.

Sonia Roberts deseaba hablarle y había recurrido al medio que él le indicó. ¿Hablarle? ¿De qué y por qué?

—Gracias —repuso, con un poco de miedo.

Era un miedo raro. De sí mismo, en parte.

Pasó a su despacho privado y llamó por el aparato de línea directa.

—Diga —respondió la voz acariciante de Sonia.

—Soy George Gálvez. No debió usted hacer eso. Pudo llamar otro en mi lugar. Es preciso que no conteste nunca al teléfono.

—Lo siento. Necesito verle.

—¿Para qué?

—Verle —repitió simplemente ella—. Venga, por favor.

Y cortó.

George fue. Estaba preocupado, se le notaba en la cara. Por el camino se detuvo en un almacén de comestibles y compró unas conservas y unas latas de cerveza. Luego, de vuelta al coche, arrancó bruscamente. Pisaba de un modo automático el acelerador, obedeciendo las luces de tráfico sin apenas repararen qué color señalaban. Así llegó a la antigua casa de Meridian Square.

Llamó a la puerta de su piso. Por lo deprisa que se abrió supuso que Sonia le aguardaba detrás y le había visto a través de la mirilla óptica. Pero apenas tuvo tiempo de reparar en que vestía una blusa roja y unos ajustados pantalones negros. Súbitamente, ella se le

abrazó. Permaneció unos segundos con la cabeza apoyada en su pecho y, cuando la alzó, tenía cubiertas de rubor las mejillas.

Dijo:

—Perdóneme. Estoy muy nerviosa. El miedo…

Llevaba recogido el cabello, y había unas manchas como de harina en sus manos. George las miró. No eran la clase de manos con que uno imagina que se mata a un hombre.

—Siga nerviosa —respondió sonriendo—. Si le parece, volveré a entrar. Nunca nadie me había recibido en mi casa de ese modo.

—Perdóneme —repitió la muchacha.

Él mostró las compras que había hecho.

—Tome, he traído unas cuantas cosas para almorzar.

—Yo estaba precisamente en la cocina preparando algo. —Sonia se sacudió la harina de las manos y cogió los paquetes—. Muchas gracias.

Echó a andar, y George fue tras ella.

—Tengo buenas noticias —anunció, mientras la joven deshacía los envoltorios sobre la mesa de la cocina—. O quizá no sean exactamente noticias, sino meras presunciones. Usted no es una asesina. No ha matado a nadie. Juraría que Richard Cornelutti no murió a sus manos.

Sonia se estremeció.

—¿Cómo puede afirmarlo tan convencido?

—Tengo mis razones, aunque me falta atar unos pocos cabos. Lo que no afirmo, sin embargo. —George miró a la muchacha a los ojos—, es que no sea usted cómplice de la persona a cuyas manos murió.

—¡Por favor!

—Trato de ser objetivo. Eso es lo que supondrá el
F. B. I.

Sonia dio vueltas nerviosamente a una lata de espárragos.

—Pero ¿cómplice de qué persona? ¿Quién, mató a ese hombre? ¿Por qué? ¿En qué estercolero he caído, señor Gálvez?

—No me llame señor Gálvez —el abogado sonrió—. Para esa clase de preguntas, mi nombre es George.

—George.

—Eso es. Suena bien en sus labios.

La muchacha bajó los ojos.

—A veces pienso que usted se divierte jugando conmigo.

—Nunca me perdonaría semejante crueldad. —Gálvez tomó a la joven del mentón y la obligó a levantar de nuevo la cabeza—. Dígame una cosa, Sonia. Sea sincera y todo irá bien. Antes de verle en el «Pelikan», ¿usted no conocía a Cornelutti?

Ella sostuvo su mirada.

—Le juro que no.

—¿No estaban citados allí?

—No.

—¿Es verdad todo lo que me contó?

—La pura verdad.

Él la soltó y se volvió de espaldas.

—La creo. Puede que sea la estupidez más grande que cometo en mi vida, pero la creo. Sepa que su caso ya no corresponde a la Metropolitana: ha pasado al
F. B. I.
Richard Cornelutti ocupaba un cargo técnico de gran responsabilidad en el Instituto Burnham, dedicado a investigaciones atómicas. En apariencia, se trata de un asunto de espionaje. Si le interesaba saber en qué estercolero ha caído, ahí lo tiene.

—¡George!

—¿Qué?

—¿Un asunto de espionaje? ¿Usted supone que yo me entrevisté con ese hombre en el «Pelikan» por un asunto de espionaje?

—Le he dicho que es lo que supone el F. B, I. —tranquilo y dominante, Gálvez se aproximó de nuevo a la muchacha—. Sonia, ¿quién es usted? ¿Qué hace? ¿De qué vive?

—Dirijo el departamento de publicidad de una casa de modas. «*Boutique* Troyat», en la Quinta Avenida.

—Un empleo bien pagado, supongo.

—Sí.

—¿No la echarán de menos?

—Llamé por teléfono. Dije que tenía que salir urgentemente de la ciudad por un asunto de familia.

Hubo un silencio. Gálvez se encogió de hombros.

—Está bien —suspiró—. Termine su guiso. La esperaré ahí, escuchando la radio. Deme una de esas latas de cerveza.

Pero ella no se la dio.

—George.

—¿Qué ocurre ahora?

—Usted no me ha preguntado para qué quería verle.

Un surco se grabó en la frente del abogado.

—He supuesto que deseaba noticias… que se aburría… Usted misma ha dicho que tenía miedo.

Ella movió negativamente la cabeza.

—Necesitaba pedirle perdón por lo injusta que he sido con usted. Ayer no supe comprenderle. Quedan caballeros andantes, es verdad, y usted es uno de ellos. ¡Don Quijote! —Sonia sonrió tristemente—. Hay sangre española en sus venas, ¿no es así?

—Toda mi sangre es española.

—Eso lo explica.

—¿Qué explica?

—Su desinteresado empeño por ayudarme, su generosidad, su delicadeza, su hidalguía, todo, ¡todo!

Gálvez la miró entornando los párpados. Era increíblemente hermosa, frágil y esbelta en su blusa roja, en los ajustados pantalones negros que ponían en valor su fabulosa figura. Miró sus pupilas verdes, sus labios tiernos y carnosos. Sintió una cosa rara dentro.

—Se equivoca —dijo—. Eso no lo explica suficientemente.

Y, de pronto, halló a la muchacha contra su pecho, como cuando abriera la puerta. Sólo que esta vez fue distinto. Esta vez, a él le temblaron un poco las manos cuando la asió de los hombros, cuando la atrajo con fuerza hacia sí para besarla.

CAPÍTULO X

George reconoció a través del teléfono la voz de su hermano:

—¿Qué tal sigue tu cliente?

—No le he preguntado por su salud —respondió.

—Tengo una fea información que darte, George. —Johnny no bromeaba—. Espero que te abra los ojos.

—A ver.

—Nuestras pesquisas en el Instituto Burnham han despertado la desconfianza del patronato que lo rige. Se ha abierto una investigación. Se ha descubierto enseguida la falta de un documento de importancia, dicen ellos, trascendental. Cornelutti era un cochino espía.

George no contestó.

—¡Eh! —añadió su hermano—. ¿Sigues ahí?

—Sí. Reflexionaba solamente.

—Te conviene, por supuesto. ¿Qué piensas hacer?

El abogado tampoco contestó aquella pregunta. Dijo:

—¿Por qué deduces necesariamente que Cornelutti era un espía? Ese documento pudo robarlo otro, pudo…

—No creo en coincidencias milagrosas.

—¿De qué documento se trata?

—Eso no me es lícito revelártelo, George. Yo no estoy, además, capacitado para juzgar la gravedad de su desaparición; pero, vista la alarma del general
O'Conor,
presidente del Patronato, aquella gravedad es mucha. La Comisión senatorial de Actividades Antiamericanas está a punto de intervenir. Edgar Hoover nos ha hablado en persona.

—Cuerno —gruñó George—. Bien, ¿eso es todo?

Johnny repitió incisivamente:

—¿Qué piensas hacer?

Hubo otro silencio.

—Atiende, Johnny —dijo al fin el abogado—. Esta noche, a las diez, me dejaré caer por el «Club Pelikan». Tengo tres o cuatro teclas que me gustaría pulsar a mi modo allí. Vente conmigo, si quieres.

—Iré —asintió el policía.

A las diez en punto, cuando George llegó, Johnny aguardaba en la puerta. El abogado notó inmediatamente que su hermano le miraba con una intensidad especial.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Johnny siguió con los ojos a una pelirroja que entraba en el club. Luego dijo:

—Eso deberla preguntártelo yo. Eres otro, George. ¿Por qué sonríes así? ¿Por qué pones esa cara? ¿Has bebido de más?

George entornó los párpados. Pensó en Sonia, en los labios de Sonia, en el talle de Sonia. En la tempestad de pasión que ella ponía en sus besos. En la sorpresa que aquellos besos fueron para él: una deliciosa, una inverosímil sorpresa. La mejor de su vida.

Y pensó que Johnny le conocía demasiado bien.

—Es como si hubiera bebido de más, en efecto —desvió la vista —. Vamos. Hace frío aquí.

Johnny no insistió. Apenas entraron en el local, su hermano advirtió que no era en éste precisamente un desconocido. Unos le recibían con sonrisas, otros con palmadas en la espalda.

Un individuo alto y pulido, vestido de etiqueta, salió a su encuentro y le estrechó la mano.

—Es Tommy Kutz, el gerente —le presentó el policía—. Veamos ahora qué teclas quieres pulsar, George.

—¿Teclas? —preguntó suavemente Kutz.

—Me gustaría reconstruir los movimientos de Cornelutti la noche que estuvo aquí. Saber lo más exactamente posible con quién habló, a quién vio, con quién se puso en contacto.

El gerente miró a los dos hermanos uno tras otro.

—Es fácil —hizo un cortés ademán—. Pasen a mi despacho. Avisaré a Lilla y a Nancy. Ellas tienen en esto algo que decir.

Pasaron al despacho, y Kutz les ofreció *whisky* del bueno. Lilla

no tardó. Nancy tampoco. La primera era una rubita vestida de gasa, con medias de malla y un muestrario de tabaco pendiente del cuello. La segunda era atractiva, morena y delgaducha.

Nancy explicó:

—Me invitó a una copa y me dejó plantada enseguida por una pájara que bebía como un marino y aguantaba el alcohol tan mal como un marino. Al marcharse, todavía me guiñó un ojo. Pero no le guardo rencor al pobre.

—¿Le había visto antes? —preguntó George.

—Jamás en mi vida.

—¿Seguro? ¿No estuvo otras veces aquí?

—Apuesto a que no. Una se fijaba pronto en él.

—¿Por qué?

—Por su modo de vestir y de moverse. Se salían de lo vulgar.

Tommy Kutz dijo con su voz suave:

—Se ha hablado ya de esto. Mi «*maître*», por el contrario, dice que la cara de ese hombre le resultó conocida. No se atreve a jurarlo, pero ésa es su opinión.

George se volvió hacia la rubita.

—¿Usted no le conocía tampoco?

—No, por desgracia. Me dio cuatro pavos por dos paquetes de «Chester», uno al entrar y otro al salir. Y me citó para la noche siguiente, encima. Como no me espere en el infierno…

Tommy Kutz la interrumpió:

—Cállate.

—Esto es todo —murmuró George.

La rubita sonrió.

—¿No desean nada más de mí?

—Yo sí —dijo Johnny—. Pero, a lo mejor, aquí no quieres dármelo.

—A lo mejor —repuso ella con un mohín.

Salió y, a una seña del gerente, la siguió Nancy. Kutz inquirió:

—¿Puedo servirles de algo?

El policía señaló a su hermano con el pulgar.

—Es George quien tiene la palabra.

—No, de nada —el abogado movió negativamente la cabeza—. He oído ya lo que necesitaba oír. Vámonos.

Johnny le asió del codo.

—No tan deprisa. Tommy va a invitarnos a una botella de champaña. ¿No estabas pensando precisamente en eso, Tommy?

Kutz le dirigió una mirada burlona. Después consultó su reloj.

—Gene actúa dentro de diez minutos. Les destinaré una mesa de pista.

El policía rió.

—Tommy es así.

Una vez en la mesa, se bebieron una cuarta parte de la botella en silencio. La música sonaba blandamente. La gente bailaba o se decía cosas.

Fue Johnny quien rompió el silencio:

—Suéltalo ya, George, Se te podría atragantar.

George se encogió de hombros.

—Lo has oído tan bien como yo.

—¿Oído qué?

—Johnny… en este asunto de la venida de Cornelutti al club… todo parece demasiado fácil. Da que pensar. Cornelutti entró y le soltó dos dólares a la tabaquera por un paquete de cigarrillos que cuesta veinte centavos. Su modo de vestir y de moverse llamaba la atención. Luego invitó a beber a una chica y la dejó plantada por otra que no sólo estaba ebria, sino que por su belleza atraía las miradas de todos. Al salir, otros dos dólares por otro paquete de tabaco, y una cita para la noche siguiente…

—En las mismas narices de Sonia.

El abogado se sobresaltó.

—¿Sonia?

—Sonia Roberts, residente en el setenta y cinco de Mayflower Avenue, jefe de publicidad de «*Boutique* Troyat», veinticinco años, soltera.

George miró a su hermano fijamente.

—¿Ésa era la mujer? ¿La has encontrado?

—Demasiado tarde. Emprendió el vuelo.

—Pero ¿cómo has dado con ella?

—¿Qué idea tienes tú de los

G-Men?

¿Qué somos niños de teta? ¿O bobos?

—No, Johnny.

—Pues dimos con ella como suele darse con muchas personas, a

través de un taxista.

—Oh.

Johnny se sirvió una nueva copa de champaña, A continuación dijo:

—Mira, George, sé de sobra en lo que estás pensando, y por añadidura conozco acerca de ello muchos más detalles que tú. Cornelutti llamó deliberadamente la atención de Lilla, la tabaquera; llamó la atención del barman pidiéndole coñac francés; la de Nancy, invitándola y dejándola plantada; la de todos por su modo de moverse y de vestir, y la mía en particular al sentarse a la mesa de Sonia Roberts. Al marcharse arrastró a su pareja hasta el bar para pagar lo que debía en éste, cuando lo lógico hubiera sido pedir la cuenta desde la mesa; y en presencia de Sonia compró más tabaco a Lilla y la citó para la noche siguiente… después de haberle guiñado un ojo a Nancy… Una vez muerto, encontramos en sus bolsillos dos programas del «Pelikan» y una chapa del guardarropía que correspondía a un abrigo de visón. Extraordinario. Nadie se hubiera fijado más en él, nadie le hubiera relacionado más directamente con este lugar si llega a entrar aquí disparando un cañón y vestido de bombero. ¿Es a eso a lo que ibas?

—Un poco más allá.

—¿Bien?

George respondió lentamente:

—Nadie tampoco le hubiera relacionado más directamente con Sonia Roberts.

Johnny saboreó el champaña.

—De acuerdo, es verdad. Se exhibió con ella como en un circo. El policía de servicio ahí fuera, en la calle, le ayudó a meterla en su coche. Dejó, indudablemente adrede, su abrigo de visón en el club. Ni siquiera un sabio distraído olvida una noche de invierno el abrigo de pieles de su dama. Y a todo esto, George, ¿qué?

—Admito que está muy confuso, pero…

El agente federal levantó súbitamente una mano.

—Aguarda.

Redoblaban los tambores de la orquesta. La pista había quedado vacía. Cambiaban las luces.

—Seguiremos hablando luego —añadió Johnny.

Un sujeto que hacía grandes ademanes y ponía los ojos en

blanco anunció a través del micro que había que afrontar emociones violentas. Gene Evans iba a salir a la pista.

Salió.

—Repámpano —murmuró George.

Era una mujer sensacional. Tenía el cabello de un color rubio tierno, los ojos claros y rientes, la boca apetitosa como la fruta. Había en ella un punto de animalidad inquietante, y al mismo tiempo como un barniz de civilización que suavizaba el latigazo sensual de su presencia. George se confesó que pocas veces había visto un cuerpo semejante al suyo, que nunca una mujer le produjo, sin necesidad de acercarse, una tal sensación de tibieza y amabilidad. Atraía las miradas como un centro hipnótico, como un punto de luz entre tinieblas.

—¿Quién es?

Johnny dijo:

—Para mí lo es todo.

Su hermano enarcó las cejas.

—¿La conoces?

—Cállate.

La sala entera parecía vibrar. Gene Evans bailaba. El pedazo de tela negra que la cubría despedía destellos metálicos al fulgor de los focos. La música era pomo un vacío.

George se sintió preso en un sortilegio. Cuando de nuevo miró a Johnny, vio en su rostro una violenta tensión, algo que nunca le había visto. No podía deberse únicamente a que Gene Evans fuera tan hermosa, pensó; tenía que ser porque Johnny la amaba, ¡y cómo!

Sin darse cuenta, se estremeció. Johnny había dicho: «Para mí lo es todo». Amar a una mujer como Gene y enloquecer eran sin duda dos cosas casi iguales…

Luego estalló una tempestad de aplausos. Gene Evans había desaparecido, y el sortilegio estaba roto.

Johnny encendió un cigarrillo con manos temblorosas.

—Sigue exponiendo tus opiniones, George. Parecían muy interesantes.

—Pero no tanto como ella.

—Sigue —dijo el policía secamente.

—Está bien. Mi opinión es, en concreto, que Sonia Roberts no

mató a Cornelutti.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, porque estaba ebria: se necesita mucha suerte para pegarle a un hombre, causarle una única herida y que ésta sea mortal, ten el estado en que ella se encontraba. En segundo lugar, porque esa herida la recibió Cornelutti en la frente, lo que quiere decir que quien le mató tuvo que atacarle cara a cara. En tercero, porque el tamaño y la profundidad de la herida causada requieren la fuerza de un hombre, y de un hombre vigoroso, o el impacto de un objeto demasiado pesado para que lo maneje una mujer, sobre todo si se tiene en cuenta que Cornelutti no estaría quieto esperando a que le atizasen. Y su cadáver no mostraba señales de lucha.

Johnny expelió lentamente dos chorros de humo por la nariz.

—Tus argumentos no están mal, George —concedió—, pero no me convencen. A pesar de todo, esa muchacha puede ser culpable.

—Imposible.

—No es imposible —el policía miró a su hermano a los ojos—. No es imposible, y cree que lo siento por ti. Supón a Cornelutti en posesión del documento que ha robado del Instituto Burnham; supón que, desde que llegó de Europa, se halla de acuerdo con alguien dispuesto a comprarle sus informes; supón que es Sonia Roberts el enlace de ese comprador… Ya está. Cornelutti no conoce a la mujer, pero su consigna es que la encontrará sola y fingiéndose ebria en el «Club Pelikan». Viene aquí, establece el contacto y se la lleva a su casa, donde va a efectuarse la transacción. Terminada ésta, Cornelutti sobra, estorba, ya no sirve. Sonia Roberts, o un cómplice que acude más tarde, lo pasaportan al infierno…

—¿Ésa es tu teoría?

—¿No te gusta?

—Es burda, Johnny. ¿Por qué tanto melodrama? ¿Por qué complicar las cosas citándose aquí? Sonia Roberts pudo ir directamente a casa de Cornelutti en busca del documento. No Se lo impedía nadie.

—Se lo impedía su propia astucia.

—¿Su qué?

Una distraída sonrisa apareció en los labios de Johnny.

—La muerte de Cornelutti tenía que provocar indefectiblemente

una investigación. Si esta conducía al descubrimiento y captura de la mujer, sería muy difícil demostrar con pruebas que ella no lo mató en defensa propia o en defensa de su virtud. En caso de que las cosas se pusieran feas, la vieja historia de la ingenua seducida iba a servir de mucho. Un buen abogado pulverizaría sin dificultad la acusación. Y tú, George —el policía hizo una mueca—, eres un excelente abogado.

George apretó los dientes. Reflexionaba.

—Tal vez tengas razón. O tal vez no. Es como… como un presentimiento. Reconozco que mi tesis está sin terminar. Falta algo. Falta concretar porqué ese condenado Cornelutti ponía tanto empeño en exhibirse con Sonia Roberts y demostrar al mundo entero que había visitado el «Pelikan». Parece como si hubiera sabido de antemano lo que iba a suceder horas más tarde.

Johnny enderezó vivamente la cabeza.

—¿Qué has dicho?

—Está claro, ¿no? Cornelutti hizo cuanto pudo por llamar la atención. Esto ha de relacionarse a la fuerza con su muerte.

El agente federal murmuró:

—Como si hubiera sabido lo que iba a suceder…

Pero no terminó de expresar su pensamiento. Alguien se había aproximado en silencio a la mesa.

George alzó la vista. Halló casi a su lado a Gene Evans, la mujer que bailara un momento antes. Un aura de femineidad magnética, escalofriante, semejaba moverse a su compás.

Johnny se ponía en pite. El abogado le imitó.

—Gene, éste es mi hermano.

Ella dijo:

—Dos gotas de agua.

George estrechó su mano. Era suave y firme.

Oyó a Johnny añadir:

—Mañana seguiremos hablando de ese asunto, George.

Y pensó que lo más oportuno era retirarse.

CAPÍTULO XI

Las ventanillas del coche estaban abiertas y por ellas se colaba un aire afilado y frío. George Gálvez tenía sometida a constante ejercicio su mente. A lo largo de su experiencia profesional se había enfrentado con más de un caso difícil, y siempre, cuando se aproximaba el fin, lo presentía. Ahora se daba cuenta de que estaba muy cerca de la solución, o incluso de que la tenía en sus manos; pero, por contraste, ni siquiera era capaz de plantearse el problema correspondiente.

Su imaginación giraba en torno a la figura de Sonia Roberts. Maquinalmente dio una mirada al reloj. A aquella hora, sin duda, ella estaría durmiendo. Durmiendo en su cama, en su solitaria y triste cama de soltero. Inundando la vieja casa de luz, con su radiante presencia.

Cuando advirtió que, sin proponérselo, conducía el coche en dirección a Meridian Square, rectificó rápidamente. Se maldijo a sí mismo. Había caído como un novato. Había caído entre los amables brazos de una mujer en la que nadie, excepto él, confiaba. Recordó punto por punto lo ocurrido durante su última entrevista, a la hora del almuerzo. Absurdo, una locura. Pero su sangre latina había entrado violentamente en ebullición, y ya no podía echarse atrás. Estaba preso.

Daba por seguro que su intuición no le había engañado, que ella era inocente. Pero ¿y si no fuera así? ¿Y si resultara cierto lo que opinaba Johnny?

—¡Tanto mejor! —exclamó.

El sonido de su propia voz le dejó asombrado. En un acceso de furia apretó el acelerador hasta el fondo. El coche rugió y se precipitó como una bala de cañón bulevar adelante.

George sintió que el aire fresco, azotándole la cara, parecía lavarle el cerebro, ahuyentar las ideas que le corroían. Pronto quedó muy atrás Meridian Square. El abogado enfiló la autopista de Long Island y siguió adelante sin cesar de oprimir nerviosamente el acelerador. La velocidad que llevaba no le permitió fijarse en el gran número de coches estacionados en la obscuridad; pero eran aquéllos la hora y el lugar propicios a los enamorados. Y él era un enamorado.

Cerca de la costa había un gran parque, en cuyo centro se levantaba una construcción de un solo piso. Sobre la puerta ardía un rótulo fluorescente. Desde la pista no podía verse la palabra que formaban las letras verdes, rojas y azules.

George redujo la marcha y entró. Encontró como Veinte automóviles aparcados. Leyó el rótulo desde donde dejaba el suyo: «Remanso».

Era un parador como tantos otros. Su animación culminaba a la hora en que cerraban sus puertas los locales de la ciudad. Siempre había quien amaba prolongar la noche entre compases de be-bop, o quien gustaba de ver amanecer, o quien deseaba llenar tardíamente el estómago. Las tres cosas solían hacerse en compañía, y por ello, al abrir la puerta, el portero uniformado la mantuvo en esta posición hasta un momento después de haber entrado Georgie. Pareció desconcertado al comprobar que no le seguía una mujer.

Las mesas visibles, en el interior, eran escasas, y estaban ocupadas casi todas. Las parejas se sentaban muy juntas. Aunque apenas había luz, George sabía que no lo hacían para verse mejor.

Un camarero le salió al encuentro.

—¿Solo, señor Gálvez?

El abogado sonrió.

—Estoy de vacaciones.

—¿Cena?

—Una botella de champaña.

—Por aquí, señor.

Gálvez ocupó una mesa próxima a la ventana. Las luces de Long Island brillaban al fondo, y su sonrisa se acentuó al pensar que nunca las había contemplado sólo hasta entonces. Solo. Estaba solo voluntariamente y Sonia Roberts tenía la culpa. Era una tragedia,

pero se había enamorado. Todo se había venido abajo de repente: su libertad, su independencia, su alegre y despreocupada vida. La sangre latina jugaba a veces estas malas pasadas.

En manos del camarero, la botella de champaña hizo *plop*.

—Gracias, Martino.

—Señor, ¿durarán mucho sus vacaciones?

—¿Por qué?

—No tiene usted aspecto de divertirse si me permite decirlo así.

—Ni lo pretendo. —George suspiró—. Variar es lo que importa, Martino. ¿Está usted casado?

—Desgraciadamente.

—¿Hijos?

—Seis.

—Maravilloso.

—Horrible, señor.

Las luces de Long Island parpadeaban.

«¿Por qué se exhibió tanto Cornelutti en el “Pelikan”?», pensó George, cuando el camarero se hubo retirado. «¿Por qué hizo tan patente que Sonia se marchaba con él?».

Pero ¿sucedieron de aquel modo las cosas? ¿No era una fantasía? ¿No habían, él y Johnny, apurado sus conclusiones excesivamente?

Quizá Cornelutti, simplemente, se había comportado del modo que le era habitual. Quizá estaba un poco borracho. Quizá le atolondraba la compañía de Sonia. O quizá enloqueció.

George apretó los puños. Había algo, alguna frase que oyera, algún detalle que tuvo recientemente ante los ojos, que pugnaba por aflorar en su conciencia. Era la misma sensación anterior: tener la solución muy próxima y ni siquiera saber en qué consistía el problema. Obsesionante.

Se oprimió las sienes con las manos.

Oyó un leve siseo: el burbujeo del champaña. Aquello le incitó a beber.

Era muy tarde cuando terminó la botella.

—¿Se marcha señor?

La gente empezaba a acudir precisamente entonces. Al extremo de la sala, entre un piano y un bajo, un trompeta negro arrancaba a su instrumento notas crispadas, febriles. Había en el ambiente algo

como una carga de electricidad.

—Sí, me voy, Martino. —George dejó un billete sobre la mesa—. Cómprate una quinta en Florida con el cambio.

—Mejor será un bote de harina vitaminada para el pequeño —repuso el camarero amargamente—. Buenas noches, señor Gálvez.

El frío había aumentado. Estremeciéndose, George levantó el cuello de su gabán y anduvo hasta el coche. Dentro de éste, conectó la calefacción. Encendió un pitillo. No arrancó hasta habérselo fumado enteró.

El

F. B. I.

había identificado a Sonia Roberts como la mujer que pasó la noche en el departamento de Cornelutti, siguiendo el mismo procedimiento que él, a través de un taxista. Y probablemente estaba buscándola, probablemente había difundido sus señas de uno a otro extremo del país. Sin embargo, su hermano Johnny debía de saber muy bien dónde encontrarla. Su hermano Johnny lo sabía, lo adivinaba todo. Desde el primer instante, desde que Mike Sprague le habló —tuvo que hablarle— de que él se interesaba en el caso. Pero Johnny no daría un paso si él no se lo sugería. Johnny no. Johnny le conocía demasiado bien. En el fondo, eran iguales.

Gene Evans lo había dicho: «Como dos gotas de agua».

El coche rodaba a buena velocidad en dirección a Nueva York. La autopista estaba desierta. Había un poco de niebla, muy poca, que formaba halos en torno a las luces.

«Como dos gotas de agua».

—Cuerno —exclamó George a media voz—. Cuerno, ¡es verdad!

Ahora ya no estaba pensando en Johnny.

—¡Eso fue lo que ocurrió! ¡Es la única explicación plausible!

Las palabras llenaban del todo su conciencia: «Como dos gotas de agua». Tenía que comprobarlo, ¡tenía que hacerlo!

Pero estaba seguro de no cometer un error.

CAPÍTULO XII

Cuando George detuvo el coche ante su puerta, el «Club Pelikan» estaba cerrado y a obscuras. Tenía un aspecto triste, pobre, sucio, como el de los papelitos de colores perdidos en el barro después de una noche de carnaval.

El abogado consultó su reloj. ¡Las cinco de la madrugada! No comprendía cómo el tiempo había volado de aquel modo.

Dio otra vez gas al coche y se alejó. Sus manos se engarfiaban en el volante. Le brillaban los ojos. Estaba nervioso hasta enfermar.

Su meta era el 188 de la calle Sesenta Oeste, donde Johnny ocupaba un departamento. No había contado con que fuera tan tarde, con que ya no hallaría a su hermano en el club. Su única idea era, ahora, encontrarle en casa.

Le encontró. Subió al piso duodécimo, puerta 124. Con el índice oprimió el zumbador, y lo mantuvo así hasta que la puerta fue abierta.

—¿Tú?

Johnny vestía un pijama azul. Tenía los cabellos de punta y los ojos cargados de sueño.

—Déjame entrar.

—George, estás loco. Acabo de acostarme. No me tengo en pie.

—¡Déjame entrar!

—¿Te has visto la cara?

George apartó a su hermano y entró.

—¡Ya lo tenemos, Johnny! —exclamó abruptamente.

El G-man no dijo una palabra. Cerró resignadamente la puerta, cruzó la pieza, descalzo como estaba, y abrió un aparador. Primero se sirvió tres

dedos de *whisky*. Luego le añadió coda. Por último echó agua en una cafetera eléctrica y dio vuelta al interruptor. Sus movimientos eran torpes.

Pidió:

—Un pitillo.

George lo encendió y se lo puso en la boca.

—Johnny, has de escucharme. Despierta, ¡despierta! Siento molestarte así, pero no puedo esperar. Necesito saber algo, y saberlo pronto. Johnny, ¿no me escuchas?

—No —dijo el policía.

Súbitamente, el agua de la cafetera empezó a hervir. Johnny echó café y lo coló. El cigarrillo colgaba absurdamente da sus labios.

—¿Estás enfermo? —preguntó George.

Su hermano apuró medio vaso de *whisky*.

—Estoy casi borracho. Y dormido. No hay derecho a que uno… ¿Qué hora es? ¿Qué condenada hora es?

—Las cinco y cuarto.

—Así te pudras, George. Aguarda.

Johnny desapareció por una puerta. Se oyó ruido de agua corriente. Volvió restregándose la cabeza con una toalla.

—¿Pasa algo grave?

—Sí.

El G-man bebió el café a pequeños sorbos. Luego el vaso de *whisky*. Eructó. Estaba completamente despierto ya.

—Otro pitillo. —George se lo dio—. Bueno, suéltalo de una vez. Y quiera Dios que todo esto, por lo menos, sirva de algo.

—Servirá, Johnny, ¿tenéis alguna ficha biográfica de Richard Cornelutti?

—Tenemos una procedente del Instituto Burnham.

—¿Habla de su familia?

—La menciona.

—¿Menciona a algún hermano?

—Sí. A uno.

George enrojeció. Dijo lentamente:

—Ese hermano, ¿se encuentra en los Estados Unidos?

Johnny le miraba.

—No presté mucha atención a eso. No lo recuerdo, la verdad.

—¿Dónde está la ficha?

—En mi despacho.

—Vamos a buscarla, Johnny. Vístete.

El policía no se movió.

—¿Cuál es tu idea?

—No fue Richard Cornelutti, sino su hermano, quien murió en el departamento del mil cincuenta de la calle Cuarenta y Dos.

Hubo un silencio.

—Tú también estás medio borracho.

—He bebido lo justo para entender el auténtico sentido de las cosas —dijo George con voz firme—. Richard Cornelutti llevó a cabo en el Instituto Burnham un robo tan importante que iba a resolverle económicamente la vida. Para asegurarse la tranquilidad decidió desaparecer, y nadie desaparece más indudamente que cuando ha muerto. En consecuencia, y aunque sólo fuera aparentemente, Cornelutti se hizo matar.

—¿Por Sonia Roberts?

El abogado asintió.

—A ella le tocó la china. Cornelutti necesitaba de una persona completamente ajena a su medio y a los negocios en que andaba metido. Sin duda pasó todo el día y parte de la noche buscándola, hasta que, en el «Club Pelikan», la encontró. La suerte colmó sus aspiraciones. Sonia Roberts estaba ebria y costaba poco embriagarla aún más. Cornelutti lo hizo a conciencia. En cuanto la tuvo suficientemente trabajada, se brindó a llevarla a casa, y ella accedió. No podía, oponerse. No podía ni dar un paso sola. Pero Cornelutti la condujo, no a casa, sino a su propio departamento.

»Desde allí, o desde cualquier parte, llamó a su hermano y le invitó a acudir. Probablemente habían concertado de antemano la visita. El caso es que el segundo Cornelutti se presentó y dejó la piel, de acuerdo con el plan que el primer Cornelutti tenía preparado. A todo esto, Sonia Roberts dormía su borrachera. Luego, fue fácil cambiarle el traje al cadáver y meterle en los bolsillos la evidencia de que había estado aquella noche en el “Club Pelikan”, donde el primer Cornelutti tuvo gran cuidado en exhibirse. Richard, acto seguido, se esfumó. Ha muerto para el mundo. Su plan ha

triunfado.

Johnny contemplaba fijamente la brasa de su cigarrillo. De pronto, pronunció una maldición.

—¿Y qué, George? —dijo vivamente—. ¿Está acaso fuera de nuestro alcance? ¿Ha salido del país? ¿Se oculta?

—No lo sé. Espero que no sea tarde para seguir su pista.

—¡Hemos perdido mucho tiempo!

—Johnny.

—¿Qué?

—¿Tú me crees? ¿Te parece que he acertado?

Johnny avanzó sonriendo, apoyó ambas manos en los hombros de su hermano y le miró cara a cara.

—Yo sabía que, en el instante crítico, no me ibas a fallar. Poco importaba que lo hicieras por una mujer o por cincuenta, por dinero o por gusto. Eres un Gálvez. Conozco lo que encierra tu corazón.

—Así. ¿Sonia Roberts queda libre de sospechas?

—¿Es eso lo único que te preocupa?

—Casi.

—Quedará libre en cuanto se pruebe que es el hermano de Richard Cornelutti quien murió. Si no se prueba…

George dio a Johnny una palmada en el costado.

—Se probará. Gracias por haber sido tan comprensivo. Tú sabías desde el comienzo que yo conocía el paradero de Sonia.

—Yo lo conocía también: está en tu casa.

—¿Y no has movido un dedo para detenerla?

—¿Por qué iba a hacerlo, George?

Los dos hermanos se miraron a los ojos un instante. No necesitaban hablar.

Luego, riendo quedamente, el
G-man
fue en busca de su vaso de *whisky* y lo apuró de un trago.

—Aguarda un minuto —añadió—. Me vestiré. Quiero ver ahora mismo esa ficha.

George aguardó sentado en un sillón. El sueño empezaba a acometerle. Desaparecida la tensión nerviosa, parecía que sus fuerzas se convirtieran en humo.

Pero se sentía íntimamente feliz. Estaba en posesión de la verdad, con pruebas o sin ellas, Sonia Roberts había ya quedado al

margen, y era él, era él, con su esfuerzo, quien había conseguido sacarla a flote.

George siguió suspirando a Johnny cuando éste estuvo listo.

Eran las seis y media de la mañana cuando entraron en la desierta oficina que Johnny compartía con Pat Coletta en el gran edificio central del
F. B. I.
Se insinuaba el amanecer, y las luces eléctricas tenían un brillo raro, mortecino.

El
G-man
sacó de su archivo la carpeta correspondiente al caso Cornelutti, y de la carpeta el historial que el Instituto le había remitido a solicitud suya. Los dos hermanos se inclinaron para examinarlo bajo una lámpara.

—Fíjate —murmuró George.

Richard Cornelutti tenía un hermano llamado Giuseppe. La fecha de nacimiento era la misma para ambos.

—¡Mellizos!

Las palabras de Gene Evans martilleaban la memoria del abogado: «Dos gotas de agua». Ellas le habían dado la solución.

—Naturalmente —dijo Johnny—. Richard Cornelutti sabía de antemano lo que sucedería horas después. Fue él mismo quien lo preparó. Por eso su conducta en el «Pelikan» causaba una impresión tan rara. Diste en el clavo, George.

—¿Basta esa prueba?

El agente federal se enderezó.

—No. Hay que asegurarse de que Giuseppe estaba aquí —releyó rápidamente el historial—. No se menciona a este respecto una palabra, pero poco costará averiguarlo. Y es preciso conseguir la identificación del cadáver.

—¿Cómo?

—Quizá en el Instituto posean también una ficha médica de Cornelutti. Más tarde la pediremos. Lo urgente, ahora. —Johnny sonrió—, es tomarse una taza de café. Vamos.

Fueron.

CAPÍTULO XIII

A las nueve y cinco, Johnny llamó por teléfono al general
O’Conor
presidente del Patronato Burnham.

—¿Buenas noticias? —preguntó el general.

—No sé si buenas o malas, pero habrá noticias dentro de poco. Voy a revisar la identificación del cadáver de Cornelutti y necesito todos los datos posibles: su ficha antropológica, su ficha médica, su ficha dental. ¿Pueden ustedes ayudarme en esto?

—Creo que sí. Me pondré al habla con el departamento sanitario del Instituto.

—Es urgente.

—Antes de media hora le enviaré lo que haya. ¿Por qué esa revisión, agente? ¿Qué ha pasado?

—Este mediodía lo sabrá. —Johnny cortó la comunicación y se volvió a su hermano. George no disimulaba su fatiga—. Ya está en marcha —añadió.

—Quédate ahí sentado y ármate de paciencia. Mientras, me procuraré el permiso de exhumación. Volveré pronto.

Cuando Pat Coletta llegó, a las nueve y media, George dormitaba en una silla. El federal sonrió. Con el periódico que llevaba plegado en la mano dio un sonoro papirotazo sobre la mesa. El ruido hizo despertar con un sobresalto al durmiente.

Coletta dijo:

—Debe de ser una tara familiar. Nunca conocí a nadie mejor dispuesto que los Gálvez para el sueño.

George reprimió un bostezo.

—¿No ha vuelto Johnny?

—No —el

colgó su sombrero de la percha. Se abrió la puerta mientras lo hacía, y entró un ordenanza con un pliego de papel. Coletta lo recogió en silencio. Lo miró. Sus cejas se enarcaron—. ¿Qué demonio significa esto?

—¿Qué es?

—¿Qué hace usted aquí?

—Vine con Johnny. —George se levantó impaciente de la silla. Repitió—. ¿Qué es eso?

Johnny entró en aquel momento y, sin decir palabra, Coletta le entregó el pliego de papel. El policía lanzó una mirada a su hermano.

—¿Y bien? —preguntó éste.

—Enhorabuena. Giuseppe Cornelutti se encuentra en los Estados Unidos desde hace dos meses. Vino de Europa con Richard cuando éste regresó. Se ignora su residencia actual. Sólo nosotros la sabemos.

Coletta inquirió, asombrado:

—¿Giuseppe Cornelutti?

—Sí. Reposa en una tumba que lleva el nombre de su hermano Richard.

—¿Te has vuelto loco?

Johnny rompió a reír. Estaba de un humor excelente.

—Siéntate y escucha.

Relató en pocas palabras, como si se tratara de un informe oficial, la hipótesis que él y George hablan elaborado durante las últimas horas. Coletta le escuchó con rostro impasible, pero sus ojos brillaban. Lo único que dijo fue:

—¿Tienes el permiso de exhumación?

—Sí. Me faltan los datos del Instituto.

Los datos llegaron diez minutos después. No eran muy completos, pero bastaban. Richard Cornelutti tenía en el cuerpo dos cicatrices: una en el omoplato y otra en el abdomen, producto de una operación de apéndice.

—Hala, vamos a ver el cadáver.

Lloviznaba. Los dos hermanos y Coletta descendieron a la calle y tomaron el coche de George. El piso húmedo se puso difícil para conducir. Los rascacielos desaparecían en una nube de vapor de

agua.

Coletta se estremeció.

—Un tiempo de perros…

Nadie dijo nada.

Entraron en el cementerio por la gran puerta norte. George hizo alto ante la garita de los guardianes. Johnny mostró su placa y el permiso de exhumación. Uno de los guardianes habló por teléfono. Luego salió de la garita y subió al coche.

—Sigan. A la derecha.

Volvieron a detenerse en una explanada. Desde allí continuaron a pie. La lluvia era ahora espesa y fría como el hielo.

—Un cochino tiempo de perros —insistió Coletta.

—No me gustan las excursiones, a no ser en días de sol.

Johnny repuso:

—Nadie te ha invitado.

Dos hombres que usaban gorra de uniforme, cubiertos por sendos impermeables, aguardaban hacia la mitad de una avenida. Bajo la lluvia, sin otro rumor que el susurro del agua al caer, el cementerio ofrecía un aspecto lúgubre, como de escena de una antigua película expresionista.

Los dos hombres tenían junto a sí una pala y un pico.

—Es ahí detrás —dijo uno.

Era detrás de un largo bloque de nichos, en un rectángulo de tierra sembrado de losas y cruces. El suelo estaba Heno de charcos. Se percibía en el aire un leve hedor.

Los dos hombres, evidentemente, habían recibido el aviso telefónico del guardián y sabían ya a qué atenerse. Se detuvieron ante una losa. El nombre de Cornelutti estaba inscrito con elegantes caracteres romanos.

—Cochino tiempo —repitió Coletta.

El pico, al introducirse en la tierra fangosa, producía un chasquido sordo y repugnante. La pala retiraba el barro. Las gotas de lluvia tamborileaban en torno. Entre los nichos se deslizaban fantasmales jirones de niebla.

A los veinte centímetros de profundidad se hizo visible la caja. Un momento después, los dos sepultureros y el guardián sumaban sus esfuerzos para extraerla de la fosa.

Uno de esos sepultureros se alejó al poco. Volvió empujando una

a modo de mesa provista de ruedas. La caja fue depositada encima. Las ruedas se hundían en el barro. Los hombres, empujando la mesa, juraban a media voz.

Más allá de los nichos se alzaba una pequeña construcción cuadrangular. Dentro había otras mesas y dos ataúdes. Del techo descendía una lívida luz fluorescente.

Los dos enterradores y el guardián se quitaron las gorras para restañarse el sudor de la frente. Jadeaban. Los tres encendieron sendos cigarrillos.

—Esto huele mal —dijo Coletta.

Los dos hermanos callaban.

La caja fue abierta utilizando como palanca el pico. El cadáver de Cornelutti tenía la piel de un color amarillo terroso. No era, por varios conceptos, un espectáculo agradable.

—Vuélvanlo de espaldas —ordenó Johnny.

Así se hizo. Con una navaja le rasgaron la chaqueta y la camisa. Dos manos acostumbradas al contacto de los muertos dejaron al descubierto su espalda. Atufaba.

—Visto. Ahora, el abdomen.

En el omoplato izquierdo del cadáver no había ninguna cicatriz.

En el abdomen tampoco.

—Devuélvanlo a la fosa.

George fue el primero en dirigirse a la puerta. Respiró profundamente, hasta llenarse los pulmones de aire y humedad. Le hizo bien.

Johnny les precedió a él y a Coletta camino del coche, apresurándose bajo la lluvia, sin esperar a los enterradores ni al guardián. El agua los calaba rápidamente.

La calefacción interior del vehículo les pareció una bendición. George encendió un cigarrillo y dijo:

—Tenía la piel tan lisa como Gene, ¿eh?

—Era Giuseppe —asintió Johnny—. Está demostrado.

—Cuerno, qué historia —gruñó Coletta—. Y en un día así. Vámonos ya, necesito un trago de algo caliente.

El abogado puso el coche en marcha, para rehacer el camino anterior, y lo sacó del cementerio. Reflexionaba. Su rostro moreno y viril parecía como cubierto de sombras.

Cruzaron la ciudad a través de una auténtica tempestad de

lluvia. Cuando llegaron al edificio central del
F. B. I.,
George creía aún percibir el hedor nauseabundo que se había desprendido del cadáver.

—Daré la alarma general —dijo Johnny antes de que el coche se detuviera—. Hay una probabilidad entre cien de que Richard Cornelutti no haya salido todavía del país, y quizá una entra mil de que no se haya deshecho del documento robado. Tenemos que aprovecharla —y añadió mientras abría la portezuela—: Me gustaría saber qué hacía y dónde se alojaba Giuseppe antes de que su propio hermano le enviara al infierno.

George no se movió de su puesto ante el volante.

—Suerte.

—¿Te quedas?

—Tengo algo que hacer. Volveré por aquí más tarde.

Johnny sonrió.

—Comprendo.

—¿Qué cuerno es lo que comprendes? —preguntó Coletta.

—Que Sonia Roberts ya no es una mujer perseguida por la Justicia…

CAPÍTULO XIV

La radio transmitía una música suave. George Gálvez sentía el dulce contacto de la frente de Sonia en su mejilla y, en sus labios, la caricia de sus cabellos. Se veía caer la lluvia por la ventana.

La muchacha suspiró.

—George.

—No hables si es para darme las gracias.

Hubo un silencio.

—No es para darte las gracias —dijo Sonia a media voz—. Pero hay algo… Hay algo que quiero que sepas, que me lo oigas decir, que no lo olvides nunca. No hemos vuelto a mencionarlo. Y yo necesito decírtelo, George. Por el bien de los dos.

El repuso burlonamente:

—Dilo.

Pero ella no bromeaba.

—George, la noche que pasé en el departamento de Cornelutti…

—Olvida eso.

—¡No puedo olvidarlo! George, ¡escúchame! Quiero que sepas que aquella noche no ocurrió nada, absolutamente nada entre Cornelutti y yo. Yo estaba ebria, y sin embargo… No soy una niña. He estado casada, he vivido y, si me quieres, has de aceptarme tal cual soy; pero esto, George ¡esto te lo juro!

George se inclinó para besar sus labios entreabiertos.

—Te creo. Te creo aunque no necesito creerte para amarte. Las cosas han sucedido así, Sonia. Como una fuerza del destino.

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—George… bésame otra vez…

La lluvia caía lentamente al otro lado de la ventana.

Eran cerca de las doce cuando George consultó su reloj.

—Tengo que irme —dijo—. Quizá Johnny haya, hecho ya algunos progresos. Estoy impaciente por conocer el resultado.

Los bellos ojos de Sonia seguían todos sus movimientos.

—¿Cuándo volverás?

—En cuanto pueda. Pero no olvides que a partir de ahora eres una persona libre, que nada te retiene aquí̂. Vuelve a tu casa, si lo prefieres. Estas paredes.

—George miró en torno mientras se enderezaba la Corbata —te echarán de menos. Tarde o temprano tenía que ocurrir.

—Yo las echaré de menos a ellas. Será peor.

—Hay una solución.

Sonia se asió de su brazo y le acompañó al vestíbulo.

—¿Qué solución? ¿Cederme tu departamento?

Él la mantuvo ante sí, mirándola a la cara.

—Casarnos.

—George…

—¿Qué contestas?

Sonia inclinó la cabeza y apoyó la frente en su hombro.

—George, tengo miedo. Es demasiada felicidad. Una vez estuve a punto de saber lo que era la felicidad completa, y una jugarreta de la muerte me lo impidió. Tengo miedo.

George la atrajo dulcemente hacia sí.

—¿Me quieres, Sonia?

—Sabes que te quiero como nunca soñé que se pudiera querer.

—Medítalo, entonces. Sal a almorzar. Disfruta de la libertad que has adquirido. Da un paseo, vete al cine. Luego, si crees que las circunstancias no han influido en ti, si estás segura de que no ha sido todo pura alucinación, dímelo. Volveré esta tarde en busca de tu respuesta.

Besó una vez más a la muchacha. Era como enloquecer.

Ella susurró a su oído:

—Vuelve, George. Pero pronto.

El abogado, ya en la calle, tuvo la sensación de que despertaba de un sueño. La fría lluvia le hizo estremecerse. Se cruzó las solapas del gabán y corrió hasta su coche. Pese a la temperatura glacial, empero, la sangre circulaba como fuego por sus venas.

Halló en plena actividad la central del

F. B. I.

—Llegas a punto —le dijo Johnny. Estaba en pie en mitad de su oficina, revisando la pistola—. Los de la Metropolitana acaban de comunicarnos las señas del domicilio de Giuseppe Cornelutti. Creo que será interesante echarle una ojeada.

—¿Alguna noticia de Richard?

—Ni rastro.

—Tiene tiempo de haber salido del país —comentó George, sombrío—. Tiene tiempo de haber pasado a México, de haber volado a Europa…

—Con un documento que vale una fortuna y constituye una terrible amenaza para la Humanidad —concluyó Johnny por él. Metió la pistola en su funda axilar—. ¿Sabes lo que te digo, George?

—¿Qué?

—Pues que Richard Cornelutti no se ha movido de Nueva York. De haberse propuesto huir no hubiera llamado tantas precauciones; no hubiera fingido su propia muerte, no hubiera matado a su hermano, no hubiera complicado a Sonia Roberts en el asunto. ¿Para qué todo esto, si no había despertado jamás la menor sospecha y podía marcharse en cualquier momento sin que nadie le inquietara?

El abogado exclamó:

—¡Tienes razón, Johnny! ¡Cornelutti no se ha movido del país!

—Eso espero. —Johnny descolgó de la percha su gabán—. Y deseo. Vamos, en marcha.

George se preguntó enseguida qué clase de tipo debió ser Cornelutti para, a los dos meses justos de vivir en Nueva York, caer donde había caído. Siguiendo las indicaciones de Johnny, se dirigió al Bronx. Fue adentrándose rápidamente en el cáncer de la ciudad, en el refugio de los miserables, en un inframundo cuyos habitantes posaron casi todos alguna vez para que les tomaran una foto de frente y dos de perfil: tres fotos gratuitas que figuraban junto a sus huellas dactilares en un rectángulo de cartulina blanca.

El policía dijo:

—Giuseppe no tenía permiso de residencia. Entró con un visado turístico que ha caducado ya, y desapareció antes de que esto ocurriese. Hasta entonces se alojó en el Hotel Holandés, un establecimiento de tercer orden, en Harlem. Ha sido un buen trabajo por parte de la Metropolitana localizarle tan pronto. Usaba

un nombre falso: Giuseppe Carone.

El coche avanzaba por una calle sembrada de escombros y atestada de chiquillos que jugaban a pelota base, pese a la lluvia.

—Me gustaría saber qué hacía o qué esperaba metido aquí.

Johnny miró de reojo a su hermano.

—A mí me gustaría saber algo más —asintió—: qué hacía en Europa. Cuidado. Creo que es la próxima travesía a la derecha.

La próxima travesía era la calle Leatherhead. George la embocó e hizo alto frente al número 47, que correspondía a una vieja y sucia casa de vecindad. Había un hombre en el portal, sentado en una desvencijada mecedora y entretenido en ver caer la lluvia, inmóvil, con una colilla entre los labios. Parecía tan sucio y viejo como la casa.

Ni siquiera les miró cuando pasaron ante él. Los dos hermanos subieron las escaleras hasta el segundo piso.

—Aquí es.

Llamaron a la puerta. No contestó nadie.

—Aguarda.

Johnny forzó rápidamente la cerradura, y la puerta se abrió. Había al otro lado una maloliente habitación, con una mesa en el centro y un hornillo de gas en un ángulo. También se veían tres sillas de enea y un aparador que tenía el cristal roto. A la derecha, otra puerta comunicaba con un dormitorio: una cama deshecha y un armario que contenía algunas prendas de vestir, baratas y de mal gusto.

El G-man lo registró todo con la fiabilidad que da la experiencia.

—Nada —concluyó—. Si hubo algo de interés, Richard habrá tenido buen cuidado de llevárselo. Preguntaremos a esa esfinge de la portería.

El matusalén continuaba en la mecedora, chupando su histórica colilla apagada. Tampoco esta vez levantó la vista cuando los dos hermanos se le plantaron delante.

Johnny le colocó ante los ojos un cigarrillo.

—¿Vive usted aquí?

El viejo masculló:

—No, he venido de veraneo, si le parece.

—¿Conoce a Giuseppe Cornelutti?

—¿Es usted un guardia?

—¿Le conoce o no?

—Le he hecho una pregunta.

Johnny movió significativamente el cigarrillo, y el viejo añadió:

—Estoy fumando.

—¿Cuándo vio a Cornelutti por última vez?

—¡Tengo tan mala memoria!

El G-man arrojó al suelo el cigarrillo y mostró su placa. El viejo pestañeó.

—De modo que es usted realmente un guardia.

—Está bien, lo soy. ¿Cuándo le vio por última vez?

—Si se refiere a Giuseppe Carone, ayer tarde.

—¿A qué hora?

—Sobre las seis.

—¿Puede jurarlo?

—El tipo se metió en un lío, ¿no es así?

Johnny repitió machaconamente:

—¿Puede jurarlo?

—Sí.

—¿Notó algo raro en él?

—Vino muy elegante y muy desenvuelto. Me saludó como si no me conociera, estuvo un rato arriba y se marchó. Apostaría a que el golpe ha sido de los de pasta larga. Estaba transformado.

El policía hizo una mueca a George.

—Era Richard, no cabe duda. Nada nos queda por hacer aquí.

Salieron a la lluvia. A su espalda, el viejo se inclinó para recoger el cigarrillo y lo examinó con atención.

George dijo:

—Convendría vigilar la casa por si vuelve.

Johnny se metió en el coche. Señaló hacia la otra acera con el pulgar, en dirección a un hombre que, sentado en el hueco de una puerta, comía un gran trozo de pan envuelto en un papel manchado de grasa.

—Está vigilada ya.

—¿Ese pájaro es un detective?

—Sí.

El coche arrancó. La lluvia había arreciado, y el partido de pelota base se hallaba momentáneamente interrumpido.

—Nuestra única esperanza —dijo George— es que Richard Cornelutti vuelva a esa casa y se deje cazar. O bien…

—¿O bien qué?

—Que aparezca la mujer gordita de quien me hablaste.

—No —repuso Johnny amargamente—. La mujer gordita no existe. Fue un error por mi parte. Ahora sé la razón exacta de que Cornelutti se tiñera el cabello desde que regresó de Europa.

—¿Cuál es?

—Su hermano no tenía canas. Lo hacía para, en el momento preciso, parecerse más a él. —Johnny dio una mirada al reloj—. Vamos a almorzar, George. Es tarde.

CAPÍTULO XV

Un fantástico alud humano invade las aceras de Nueva York al atardecer. Durante unos minutos es imposible transitar. Una masa de empleados de oficinas, talleres, fábricas y comercios bloquea el paso en todas direcciones, hasta que es absorbida por las bocas del metro o las puertas de los restaurantes rápidos.

Delante de la antigua casa donde George Gálvez tenía su departamento, empero, un hombre inmóvil soportaba impertérrito los empellones y la lluvia. Su impermeable de plástico transparente no impedía ver una chaqueta corta, de tres botones, con solapas reducidas y una hendidura vertical al dorso. Quien la miraba de frente veía, además, un chaleco cruzado, de vivos colores, con pequeños botones metálicos. Aquellas prendas tenían el sello inconfundible de un sastre inglés.

El hombre estaba quieto y parecía muy paciente; pero, cuando en la puerta de la casa apareció la figura de Sonia Roberts, le acometió una extraordinaria prisa. Se abrió paso a codazos. Corrió como si temiera que la muchacha se perdiera de vista, y enseguida anduvo tras ella, hasta situarse a su izquierda, un poco más atrás.

—Siga andando despacito —dijo entonces, con voz metálica—. Ni una palabra, ni un gesto, o aquí acabará todo.

Sonia, asombrada, iba a volverse, pero el contacto de algo duro en su espalda la obligó a desistir. Sus piernas vacilaron.

El hombre, inmediatamente, añadió:

—Tuerza por la primera esquina. No le pasará nada si obedece.

Aquella voz despertaba en la joven una agobiante angustia. Estaba segura de conocerla, de recordarla, pero era como si la recordara únicamente de una pesadilla. El miedo, un miedo total, frenético, la inducía a moverse como una autómata.

Cuando volvió a oír la voz, el hombre se había situado a su derecha:

—Abra la portezuela de ese coche negro. Póngase al volante.

El coche negro era un largo «Buick». Sonia se estremeció. El contacto del objeto duro no cesaba.

Obedeció.

El hombre la siguió y se sentó a su lado.

Fue entonces cuando ella pudo verle el rostro. Quiso gritar, pero se quedó solamente con la boca entreabierta. El ojo negra, y siniestro de una pistola automática la apuntaba a la frente.

¡Y detrás estaba la cara sardónica de Richard Cornelutti!

—En marcha, preciosa.

Sonia se sintió incapaz de mover ni un dedo. El terror la había paralizado.

—¿No me oye? —El frío cañón de la pistola rozó Su garganta—. ¿O prefiere que empiece la fiesta?

Nerviosamente, ella tiró del demarré. El «Buick» arrancó de un salto.

—Buena chica. Doble a la derecha y siga recto hasta Central Park…

La frase de Cornelutti terminó en un juramento. El motor del coche se había calado. Se oyeron un frenazo y el bramido de un claxon. Parado oblicuamente en medio de la calle, el largo y negro vehículo obstruía la circulación.

—¡De prisa, estúpida!

En la esquina, a muy pocos metros de distancia, había un guardia. Algo extraño presintió, porque, de pronto, abandonó su puesto y se aproximó con paso vivo al «Buick».

—¡De prisa! —insistió Cornelutti ahogadamente.

Pero el agente estaba ya junto a la ventanilla. Ahora no le cabía la menor duda de que hacía frente a una situación anómala. Los ojos de la muchacha sentada al volante se hallaban muy abiertos, y lo que se leía en ellos era inequívocamente un sobrehumano terror.

Cornelutti susurró:

—¡Acelere!

Fue inútil. La cabeza del guardia asomaba por la ventanilla.

—¿Qué demonio ocurre?

—No se meta en esto, agente. Es mi mujer.

Sonia únicamente temblaba. No podía ni pedir auxilio.

El guardia la miró un instante, y al fin se encogió de hombros. Iba a retirarse. Sin embargo, en la última fracción de segundo, no se retiró.

Cornelutti se había movido un poco. La automática que ocultaba con su cuerpo quedó visible.

El policía no terminó de desenfundar su revólver: notó un golpetazo en el pecho y se quedó sin fuerzas. Le pareció —se lo pareció nada más— oír una detonación. Luego cayó al suelo de rodillas. El coche negro, difuminado por la lluvia, semejaba columpiarse ante él. Apretó desesperadamente el gatillo de su «Smith Wensson», y tampoco al apretarlo oyó ruido alguno. Ni se enteró de que su cabeza chocaba contra el asfalto. Para entonces, por la comisura de los labios, le manaba un hilo de sangre.

La sangre siguió manándole después de muerto.

La calle estaba muy concurrida, pero la sorpresa, el instintivo pánico y la rapidez de lo sucedido evitaron que la muchedumbre reaccionara inmediatamente. Sólo un momento después, cuando ya el «Buick» escapaba a todo gas y un grupo de curiosos rodeaba el agente caído, unos muchachos pusieron en marcha su coche y emprendieron la persecución atronando el aire con su claxon. El estrépito, al que unieron sus gritos, despertó la alarma de un patrullero. A los pocos instantes los patrulleros eran dos, más un agente que corría en su motocicleta en pos del «Buick». Las sirenas aullaban lastimeramente.

Dentro del coche negro, Sonia había perdido todo dominio sobre su voluntad. Conducía como probablemente no condujo nunca, como una demente, como una endemoniada. La pistola de Cornelutti no se apartaba de su sien.

No obstante, cuando vio doblar una esquina al motorista, y un poco más lejos a los dos coches patrulla, el italiano saltó por encima del respaldo del asiento y se apostó en la trasera del automóvil.

—¡Apriete el acelerador a fondo —gritó—, o la primera bala será para usted! ¡Continúe!

Su cara se contraía en un rictus siniestro. Estaba vigilando al motorista, y, de pronto, cuando le tuvo cerca, rompió de un culatazo el cristal de la ventanilla trasera y asomó por ésta el cañón de su pistola. Su pulgar colocó la palanquita correspondiente en

posición de tiro ametrallador. Apretó el gatillo. Aún no había cesado el seco tableteo del arma, y ya la moto había dado dos vueltas de campana, tras deslizarse unos metros sobre el asfalto húmedo y chocar aparatosamente contra un taxi. El motorista salió despedido por encima de éste como un proyectil.

Cornelutti rió.

El primer patrullero, que avanzaba a toda velocidad en pos de la moto, tuvo que efectuar un quiebro escalofriante para no aplastar al agente derribado y evitar, a la vez, el choque contra un camión que corría en dirección contraria. Se hallaba en aquel momento tan próximo al «Buick» como lo estuviera el motorista, pero ya un nuevo cargador alimentaba la pistola de Cornelutti. Esta vez, el italiano permitió a sus enemigos acercarse más. Les permitió incluso anticiparse a él en el disparo. Pero los guardias tiraban alto; y era adrede, pues sabían que en el coche se encontraba secuestrada una mujer.

Esto los perdió. La automática volvió a tabletear y no tardó en oírse la explosión de un neumático. El patrullero comenzó a hacer eses. Concluyó atravesado en la calzada. El que le seguía tuvo que frenar para evitar la colisión.

Cornelutti volvió a sentarse junto a Sonia. Sus ojos llameaban.

—Entre en la Quinta Avenida, y luego adelante hasta Central Park.

Entraron en el parque por su extremo sur. El italiano ordenó a la muchacha que diera varias vueltas por la pista interior y, al cabo, que metiera el coche en un camino estrecho, sin asfaltar, que unía aquella pista con la gran autopista central. El camino aparecía absolutamente solitario.

Allí, la culata de la pistola descendió con fuerza sobre el cráneo de la joven. Cornelutti apartó a ésta a un lado y empuñó él el volante. Al salir del parque lo efectuó por su parte oeste, hacia el sector menos concurrido de Manhattan; y a partir de entonces, las revoluciones del motor del «Buick» fueron aumentando paulatinamente, a medida que se alejaban del centro de la ciudad.

El italiano aminoró la marcha al llegar a cierto punto de la Ruta 104. A la derecha se alzaba una casa. Llevó el coche a ella y lo guardó en el garaje. Distendía sus facciones una sonrisa de satisfacción. Escapar del acoso de la policía le había resultado

bastante más fácil de lo que en principio supuso.

Cuando, sobre su hombro, y doblada por la cintura transportó a Sonia desde el garaje a una habitación de los sótanos del edificio, la muchacha no había aún recobrado el conocimiento, ni tampoco lo recobró después, cuando la ató a una silla, sentada a horcajadas y con los brazos unidos al respaldo. Tal fue la situación en que ella se encontró al volver en sí. Los ojos de Cornelutti, muy próximos, la miraban con maligna expresión de burla.

—Se diría que tenemos un destino común, ¿verdad, paloma?

Sonia le escupió a la cara.

Era la primera vez en su vida que hacía aquello, pero no tuvo tiempo de sorprenderse. La mano del hombre voló hacia su boca, y la bofetada restalló como un latigazo en la habitación. Los labios de la joven se mancharon de sangre.

Cornelutti dijo:

—Ya me he mojado bastante ahí fuera. Cuando necesite una ducha, se lo comunicaré.

Fue casi todo sangre lo que ella le escupió ahora. El italiano se puso lívido de rabia. Sus manos se agitaron histéricamente. Con el revés de la derecha y la palma de la izquierda, y viceversa, le golpeó una vez, y otra, y otra, las mejillas. Cuando se cansó del salvaje castigo a Sonia le colgaba la cabeza sobre el pecho.

—Sea buena, palomita, ¡sea buena! —jadeó—. Me molesta comportarme groseramente con las damas, créalo. Pero hay algo que necesito saber —con gesto brusco sacó un periódico del bolsillo de la chaqueta y lo desplegó—. Mire, ¡mire!

La muchacha miró. Era una edición extra del «Daily Mirror» dedicada íntegramente al caso. Contenía las últimas informaciones. La mayor parte de lo que George Gálvez le había contado a ella aquella mañana estaba expuesto con una exactitud sorprendente.

Cornelutti exclamó:

—¿Quién es ese maldito picapleitos? ¿Cómo ha averiguado tantas cosas? ¿Qué le ha dicho usted de mí?

Estaba atemorizado.

—Me dijo que era usted un sabio —repuso Sonia, haciendo un esfuerzo—; pero se equivocó, porque es usted una cochina bestia.

El contenido del periódico, muy elogioso para George, situándole en el primer plano de la investigación, dejaba adivinar

que fue Johnny Gálvez quien efectuó aquellas declaraciones, como homenaje a la ayuda que de su hermano había recibido.

—¡Pregunto qué le ha dicho usted! —gritó Cornelutti—. ¿Cómo sabe ese canalla, que no he muerto? ¿Cómo ha llegado a averiguar la verdad?

—Pensando.

—¡Es imposible! ¡Ese hombre está en contacto con alguien que se ha ido de la lengua! ¡Necesito protegerme!

Sonia iba recobrando el dominio de sí misma.

—Cornelutti… es usted un pobre loco… Tiene a todo el F. B. I. pisándole los talones. Ha fracasado… ¡no sabe cuánto me alegra que haya fracasado! ¡Cobarde asqueroso! ¿De modo que intentó achacarme a mí su crimen? ¿De modo que se aprovechó así de la piedad que me inspiró en el «Club Pelikan»? ¡Pagará muy caro el daño que me ha hecho, Cornelutti!

—¡Cállese!

—¡No! —exclamó desafiantemente la joven.

El italiano, tembloroso, volvió a abofetearla. Luego la tiró de los cabellos para aproximar su rostro al suyo.

—Esto no ha terminado aún —dijo entre dientes—. Espere… espere y verá… —La soltó y se enderezó—. ¡Espere a que encuentre a ese abogado! ¡Él sí que pagará por todos!

Dio un paso atrás. Giró súbitamente sobre sus talones y se encaminó a la puerta. Añadió desde allí.

—Volveré por usted, paloma. Ruegue a Dios que no tarde.

Y se fue.

CAPÍTULO XVI

En seguida se advertía que había ocurrido algo grave. La gente estaba excitada. Un agente desviaba y ordenaba el tráfico con silbidos de excesiva estridencia. Seis compañeros suyos obligaban a los curiosos a circular. Junto a la acera se hallaba estacionado un patrullero.

A George Calvez le dio un vuelco el corazón. Podía ser una coincidencia y podía no serlo, pero parecía terriblemente significativo que aquello, fuera lo que fuese, hubiera ocurrido casi a la puerta misma de su casa. Es decir, a pocos metros de donde había de aguardarle Sonia…

Se aproximó cuanto pudo.

—No se detengan —repetía monótonamente uno de los guardias —. No se detengan, por favor. No se detengan.

George reconoció a uno de los que estaban con él; solía prestar servicio en el barrio, y muchas noches habían charlado paseando hasta casi el amanecer. Le hizo una seña.

—Eh, Bob.

El guardia le vio y le saludó sombríamente.

—No se quede aquí, señor Gálvez.

—¿Qué ha pasado?

—Han matado a un compañero —el agente señale hacia la calzada, donde había una forma humana cubierta por una arpillera —. Le dispararon desde un coche. Era el pobre Tubby Sullivan. Mujer y tres hijos. Usted le conocía, ¿no es verdad?

—Sí —murmuró el abogado. Habían matado a un guardia. Solamente a un guardia. Era una crueldad pero experimentaba auténtico alivio—. Cuánto lo lamento Bob. ¿Un atraco?

—No, señor. Parece que un hombre se llevó por la fuerza a una

mujer, Tubby se dio cuenta y quiso impedirlo.

George apretó los puños.

—¿Una mujer?

—Sí.

Oyó a un imbécil murmurar: «Por una muñeca como ella, cualquier cosa», y su temor, su vago y absurdo temor, reapareció.

De pronto, echó a correr hacia su casa. Subió por la escalera, a saltos, desdeñando el lento y elegante ascensor. Llamó a la puerta de su departamento. Llamó diez veces en tres minutos.

La puerta no se abrió.

Parado en el rellano, trató de convencerse de que su aprensión carecía de base. Probablemente Sonia había salido, tal como él le aconsejó, y no estaría aún de regreso. Nada. Habría ido al cine. Absolutamente nada.

Había dado la llave del departamento a la muchacha, de modo que no podía entrar. Descendió de nuevo a la calle. En aquel momento llegaba una ambulancia para retirar el cadáver de Sullivan.

George se estremeció. «Por una muñeca como ella, cualquier cosa». Su tétrico presentimiento era más fuerte que él, más fuerte que la lógica y que todas las razones.

Fue a la cafetería de la esquina y llamó por teléfono a la central del

F. B. I.

Pidió por su hermano.

—¿Johnny?

—No seas impaciente. No hay noticias todavía.

—No quiero noticias. Escúchame. Acaban de matar a un guardia delante de mi caía. Dicen que le han pegado un tiro cuando trataba de impedir el secuestro de una mujer. Por favor, averigua qué hay de eso.

Johnny hizo una pausa antes de preguntar:

—¿Está en tu departamento Sonia Roberts?

—No.

—Comprendido. ¿Adónde te llamo?

George dio el número de la cafetería.

—No te muevas de ahí.

Su hermano había tenido el mismo presentimiento que él. Una

sola pregunta le bastó: «¿Está en tu departamento Sonia Roberts?».

Pero Sonia Roberts no estaba.

George pidió un *whisky* doble y se dispuso a esperar. A los diez minutos, Johnny no había aún llamado. A los quince, tampoco.

A los veinte, una mano le palmeó al abogado la espalda. Se volvió. Era Johnny en persona. Sus ojos parecían perforarle.

—¿Por qué has venido?

—No te asustes.

—Johnny, ¿era necesario que vinieses?

—He pensado que no era buen momento para dejarte solo. Pide otro *whisky*, y uno para mí.

George los pidió. No hizo más preguntas. Sabía que Johnny hablaría sin necesidad de que le preguntasen.

Y así fue.

—El hombre que secuestró a esa muchacha —dijo— usaba un «Buick» negro último modelo. Vestía a la moda eduardina. Sobre el traje, un impermeable de plástico transparente. Era moreno y muy elegante.

El abogado no se sorprendió. Inclinó la cabeza.

—Richard Cornelutti.

—Sí.

—¡Y se ha llevado a Sonia!

—Sí, y ha matado a tres personas para conseguirlo: el guardia de la esquina, un motorista y el sargento O'Mara, del coche patrullero veintidós. Pero ésta ha sido su última hazaña, George.

George repitió:

—Se ha llevado a Sonia…

—Atiéndeme. Los muchachos de la Metropolitana se han lanzado como fieras en su persecución: ya sabes cómo se toman un caso en cuanto cae alguno de los suyos. Tienen la matrícula del «Buick». Hart podido establecer su itinerario hasta la Ruta 104, donde el rastro se pierde. Sin embargo, ese coche no ha pasado por Erskine Village, lo cual delimita una zona relativamente pequeña y fácil de registrar. Encontrar a Cornelutti es ya sólo cuestión de tiempo. De muy poco tiempo. La Metropolitana y nosotros hemos desplegado todas nuestras fuerzas. No tardará en caer en la red.

—Johnny, ¿no dices eso para consolarme?

—Nunca hago esa clase de idioteces.

—Está bien. —George apuró su *whisky* de un trago—. Ya veo que no tengo otro remedio que esperar.

—¿Aceptas un consejo?

—¿Por qué no?

—Come algo, tómate un soporífero y échate a dormir. Y no estaría de más mi baño caliente. Has pasado en blanco la noche anterior, George, y todo el día sobre ascuas. Pareces un cadáver ambulante.

—Quizá tengas razón —murmuró el abogado—. Pero no puedo entrar en casa. Le di la llave a Sonia.

—¡Idiota! —rió Johnny—. ¿Para qué sirven los cerrajeros?

Se dirigió al teléfono y habló, mientras George pedía y apuraba un tercer *whisky* doble. Al volver, dijo:

—Dentro de media hora encontrarás la puerta abierta y una llave a tu disposición. Yo he de dejarte. Promete que te meterás en cama. Te llamaré en cuanto se produzca algo nuevo.

—Prometido.

George siguió el consejo de su hermano. Improvisó una cena en un *drugstore*, donde compró también el soporífero, y luego se marchó a casa. Halló la puerta abierta y una llave en la cerradura. Se dio un baño. Tomó el soporífero con un trago de *whisky*. Calmados en gran parte sus nervios, se tendió en la cama y apagó la luz.

Algo le despertó súbitamente.

El grifo del vecino cuarto de baño goteaba: plip, plip, plip, a través del silencio. Por la ventana entraba el resplandor de un anuncio luminoso que se encendía y apagaba a intervalos. Estos intervalos coincidían exactamente con la caída de seis gotas. El momentáneo resplandor daba a los objetos de la habitación un relieve fantasmagórico: verde, rojo, obscuridad, seis gotas; verde, rojo… En el espejo del ropero le pareció ver a George que algo se movía. Obscuridad, seis gotas.

Los faros de un coche iluminaron a medias la pieza.

Algo se movía, era verdad: ¡un hombre que empuñaba una pistola!

George empezó a incorporarse sigilosamente en la cama.

—Será mejor que se quede como está.

La voz había sonado apagada, amenazadora, rezumante de odio.

El abogado repuso:

—Hola, Cornelutti.

CAPÍTULO XVII

Se hizo la luz.

George terminó de incorporarse y vio ante sí al intruso. Era muy parecido, aunque no exactamente igual, al hombre asesinado en el mil cincuenta de la calle Cuarenta y dos. Los rasgos de su cara resultaban más acusados. En aquel momento curvaba sus labios una mueca sarcástica. Empuñaba una pistola con decisión, sin un temblor, sin una duda.

Por un instante, ambos hombres permanecieron inmóviles y en silencio. Los ojos del abogado centelleaban de cólera. Su rostro semejaba tallado en granito, con todos los músculos en asombroso relieve. Apretaba los dientes con fuerza.

Cornelutti preguntó:

—¿Se ha quedado mudo?

—Nunca he sabido qué decirles a los cerdos.

El italiano avanzó escudándose tras la pistola. Su mirada era la de un homicida.

—Parece usted listo. Mejor, así terminaremos antes. ¿Se ha hecho ya cargo de su situación?

—Es nueva, por supuesto. Hasta ahora, en esta habitación no había recibido más que a seres humanos.

—¡Muy gracioso! Si su protegida, la señorita Roberts, pudiera oírle, quizá soltase la carcajada.

—Quizá —asintió George.

Pero su expresión había cambiado al sonar aquel nombre, y esto hizo sonreír a Cornelutti.

—Veo que vamos a entendernos. ¿Tiene la amabilidad de levantarse despacito y acercarse a mí?

George abandonó la cama y avanzó con los brazos caídos. El

otro lo advirtió y dio un prudente paso atrás.

—Ojo, las manos en la cabeza… Eso es. Ahora, de cara a la pared, como los niños malos.

—Su sentido del humor me causa náuseas —replicó el abogado.

Obedeció la orden, empero, y el silencio subsiguiente, que se prolongó más de un minuto, le puso nervioso. Al fin oyó pasos tras de sí. Empezaba a volver la cabeza cuando sonó la voz de Cornelutti:

—No se impaciente. He tomado la precaución de cerrar la ventana y la puerta. Así estaremos más tranquilos.

George se esforzó en localizar exactamente el lugar que el italiano ocupaba detrás de él. Le oyó añadir:

—Bien, cuénteme todo lo que sepa de mí, lo que haya averiguado, junto con sus hipótesis. Será un placer escucharle.

Cerró los puños. Necesitaba que Cornelutti hablase un poco más, lo justo para que él no fallase el golpe. Le iba en ello la vida, y no lo ignoraba.

—Su chaleco de fantasía es asqueroso.

El italiano protestó:

—No he venido aquí…

No pudo terminar. La diestra de George descendió como un relámpago en busca de la mano que empuñaba la pistola. La sensación de Cornelutti fue que un garfio de acero le estrujaba la muñeca. Gimió. Resistió poco El arma cayó al suelo y, cuando quiso agacharse a recogerla, se encontró con un puño que subía en dirección contraria. No supo exactamente si era un puño o un martillo pilón. Quedó sentado en el suelo, dos metros más atrás.

A George no se le ocurrió inclinarse a recoger la pistola: se limitó a enviarla bajo la cama de un puntapié. Pero, perdió unos segundos preciosos, y Cornelutti, a medias repuesto del porrazo, saltó desde el suelo, hacia adelante en cuanto vio que no se hallaba en guardia.

El golpe que recibió en el oído le produjo al abogado un dolor tan intenso que instintivamente se llevó las manos al sitio golpeado, lo que le valió descubrirse y encajar una serie de puñetazos en la boca del estómago. Estaba mareándose y, cuando se dio cuenta, se hallaba ya de rodillas en el suelo.

Cornelutti quiso acabar con él de una patada en la cara, y esto le

resultó fatal. George apeló a su enorme resistencia. Cazó su pie al vuelo y lo torció violentamente. El italiano se vio obligado a girar sobre sí mismo, hasta que dio de bruces en tierra. De allí le levantó George asiéndole de los hombros, para lanzarlo de un empellón contra la pared. Cornelutti se apoyó en ésta con ambas manos y se hizo atrás. El abogado estaba esperándole. Le sacudió un tremendo puñetazo en los riñones, y a continuación dos seguidos en mitad del rostro.

Cornelutti se arrugó como un trapo, cayó y quedó inmóvil.

Antes de que despertase, George le instaló en una silla y le ató las manos al respaldo. Fue en busca de agua y se la derramó por la cabeza. Cornelutti volvió en sí. Empezó a jurar en italiano, a media voz, hasta que el abogado le sacudió una bofetada.

—¿Dónde está Sonia Roberts?

No hubo respuesta.

—Míreme bien —añadió George, inclinándose amenazadoramente. Se sentía invadido de un entusiasmo rabioso. Aquel hombre a quien buscaba todo el F. B. I. era ahora su prisionero, ¡estaba a su merced!—. Usted no me conoce, pero soy capaz de hacerle recitar un poema árabe aunque no haya aprendido el árabe en su vida. Es pura cuestión de método y paciencia. Conteste, ¿dónde está la chica?

El italiano se encogió.

—Ella… ella responde de la mía con su cabeza. Si no vuelvo sano y salvo a determinado lugar dentro de una hora, morirá sin remedio.

—¿Dentro de una hora? ¡Dentro de una hora va usted a pedirme que le pegue un tiro para terminar de sufrir de una vez! ¿Dónde está Sonia Roberts? ¡Conteste!

Cornelutti guardó silencio.

Un puñetazo le cerró un ojo. George aguardó unos momentos. Luego, fríamente, de un golpe seco, durísimo, le rompió el hueso de la nariz. El italiano lanzó un aullido.

El abogado rió.

—Usted mismo ha cerrado puertas y ventanas para que estuviéramos tranquilos, ¿recuerda? Ahora les toca el turno a sus dientes…

—¡Está bien! —chilló Cornelutti—. ¡Pare ya, por favor!

—Se ablanda muy pronto.

—¡Basta ya!

—Conforme. ¿Dónde está Sonia?

—En una quinta de dos pisos que hay junto a la Ruta 104, entre el puente de Wartburg y la estación de gasolina. Se llama Lack House. No tiene número… pero…

—Será mejor, mucho mejor que no mienta.

El italiano susurró débilmente:

—Le digo la verdad.

Un continuo chorro de sangre manaba de su nariz. Sin duda sufría intensos dolores porque, súbitamente, se desmayó.

Su declaración, pensó George, tenía que ser cierta, puesto que el «Buick» negro había sido visto en la Ruta 104 por última vez. Encogiéndose de hombros, echó *whisky* en un vaso y lo utilizó para lavarle al italiano las heridas. Esto hizo a Cornelutti reaccionar.

—Ya que está en vena, hablemos un poco de lo que usted robó en el Instituto Burnham.

—No sé a qué se refiere.

—¿No? —George volvió a sonreír—. Ahora que me fijo, tiene todavía un ojo en buen estado, y conserva los dientes —cerró el puño y lo alzó a la altura de su cabeza—. Será un placer terminar la obra.

El puño descendió salvajemente. Cornelutti emitió un ronquido agónico y se debatió en la silla, pero fue en vano. El puño descendió otra vez.

—¡No! ¡Tenga piedad!

—¡Un cuerno!

—¡Le diré lo que desea! ¡Guardo los papeles allí mismo, en la casa!

—¿Qué pensaba hacer con ellos?

—Nada. Los saqué del Instituto para estudiarlos. En cualquier momento los devolveré.

Un terrible golpe en la boca derribó a Cornelutti hacia atrás junto con la silla. George lo levantó rápidamente.

—¿Me toma por idiota?

El italiano estaba deshecho. Se había puesto perdido de sangre, baba, sudor, agua y *whisky*. Era una auténtica piltrafa humana.

—Sí —jadeó—, como quiera. Estoy en tratos para venderlos.

—¿A quién?

—Se llama Drobnieck, es lo único que sé de él.

—¿Dónde vive?

—Lo ignoro. Nunca le he visto.

—¿Cómo se relacionan?

—Negocié el asunto en Alemania. Me… me pagaron un anticipo. El resto, a cambio de los papeles, tenía que dármelo Drobnieck aquí. El contacto corre de su cuenta. Estaba esperándolo.

—¿Quiere decir que ese contacto no se ha producido aún?

—No.

—¡No me engañe!

—¡Se lo juro!

—¿Por qué trajo a su hermano de Europa?

Cornelutti se pasó la lengua por los hinchados labios.

—Tuve que hacerlo a la fuerza. Fue él quien me metió en esto. Su situación en Alemania era peligrosa… quería parte en los beneficios…

—¿Y fue usted capaz de asesinarle a sangre fría, sólo para asegurarse la impunidad de su traición?

—¡No sólo para eso! Oh, ¿qué le importa a usted? Giuseppe era una víbora. Estaba acechándome, ¡acechándome día y noche! Me había hundido, y encima quería la parte del león. Nunca me hubiera librado de sus exigencias. Pero pensé… que sí me libraría si le mataba… y que, por añadidura, quedaría a salvo fingiéndome muerto… Era un buen plan —la mirada de Cornelutti recobró brillo—, ¿no le parece?

—Me da usted asco. ¿Por qué mezcló a Sonia Roberts?

—La elegí a ella al azar. No le hubiera ocurrido nada. Cualquier jurado hubiese creído que me había matado en defensa de su virtud.

George encendió un cigarrillo mientras se paraba a reflexionar. «Era un buen plan», había dicho Cornelutti. Y quizá lo fue. Se frustró por casualidad, por la extraña casualidad que le condujo a él al mil cincuenta de la calle Cuarenta y Dos en el momento en que Sonia escapaba del departamento donde yacía el cadáver. Pero el destino suele jugar sus cartas de este modo, y de otro no.

—¿En qué lugar de la casa guarda los papeles?

Cornelutti confesaba ya automáticamente, como hipnotizado.

—En la caja fuerte del primer piso.

—¿Cuál es la combinación?

—L. H. 22.24.

—¿Cómo puedo comunicarme con Drobnieck?

—Eso no lo sé. Me hubiera comunicado yo, de haberlo sabido.

George conocía ya cuanto le interesaba. Satisfecho, tranquilo, se dirigió al cuarto de baño y se lavó y refrescó. Volvió al dormitorio y procedió a vestirse sin la menor prisa. Cornelutti le contemplaba con una mirada de perro apaleado en sus maltrechos e inflamados ojos.

Preguntó:

—¿Qué piensa hacer conmigo? ¿Entregarme a la policía?

El abogado se anudó la corbata ante el espejo.

—De momento se quedará aquí. Cuando yo vuelva, si me ha mentido en algo, lo pagará. La policía recogerá su carroña.

—¿Me deja solo?

George se inclinó para examinar sus ligaduras.

—Puedo hacerlo. No escapará usted, Cornelutti, Tiene mala suerte. Adiós.

Descendió a la calle.

Había cesado de llover, y parecía como si hiciera menos frío. George echó a andar hacia el aparcamiento subterráneo donde guardaba su automóvil durante la noche. No dirigió más que una mirada distraída al «Ford» pintado de rosa y negro que estaba parado junto a la acera; y sin embargo, los dos hombres inmóviles en la obscuridad interior del vehículo le examinaron a él con minuciosa atención no exenta de asombro. Uno llevaba gafas ahumadas y una corbata de lazo azul. El que se sentaba a su lado era más joven y usaba un sombrero de alas anchas.

Cuando George hubo pasado, el hombre de la corbata de lazo abrió la portezuela del «Ford» y se apeó, El otro permaneció en su puesto unos instantes más, hasta que el abogado sacó su coche del aparcamiento. Entonces puso el «Ford» en marcha y se aprestó a seguirle.

Transcurridos como cinco minutos, George se dio cuenta de la persecución de que era objeto. Las luces del «Ford», en el retrovisor, le resultaban sospechosas. Dobló tres esquinas al azar. Las luces continuaban brillando en el pequeño espejo.

Alguien estaba vigilándole. Alguien le había visto salir de casa. Alguien se hallaba desagradablemente pendiente de él.

¿Un agente del F. B. I. enviado por Johnny?

¿O no?

Frenó ante un pequeño bar y se apeó. Pidió un café, de paso hacia la cabina telefónica. Consultó su reloj. No era tarde, y probablemente Johnny permanecería toda la noche en su oficina, aguardando el resultado de la búsqueda de Cornelutti.

Llamó a la central del F. B. I. y le encontró.

—Johnny, necesito saber si me has puesto un guardián.

La respuesta fue rápida:

—No. Y te dije que te fueras a dormir.

No le habían puesto un vigilante. Entonces, ¿quién ocupaba el coche que le seguía?

George sintió un poco de aprensión.

—Me he ido a dormir, pero me ha despertado una visita. Hemos hecho un poco de ejercicio juntos y, después, me ha contado una calamitosa historia. Su estado actual es también calamitoso.

—¿Has bebido?

—No.

—¿Quién era la visita?

—Richard Cornelutti.

A través del auricular se escuchó un ruido raro. En seguida, la voz del G-man dijo atropelladamente:

—¿Dónde está?

—En mi casa.

—Espera, ¡buen Dios!, voy al momento.

—¡Eh, que yo no estoy ya allí! —exclamó George.



Pero Johnny había cortado.

El abogado apuró resignadamente su café, pago y salió a la calle. Parado en la acera, encendió un cigarrillo. Había cinco coches estacionados detrás del suyo, uno de los cuales sería su perseguidor; pero no había visto de él más que las luces y no podía identificarlo.

El tránsito era abundante en la calzada, y casi todo procedía de

Broadway, donde a aquella hora habían terminado teatros y cines. George se sentó al volante y reemprendió la marcha. Sabía de sobra lo que tenía que hacer.

Condujo hacia el centro de la ciudad, buscando lo más denso de la circulación. Disminuyó la velocidad en la calle Cuarenta y Cuatro. Tenía delante un semáforo, un guardia y dos flotas de automóviles esperando en la Cuarta Avenida a que cambiase la luz para cruzar. Calculó el tiempo que llevaba brillando el disco verde y, de pronto, pisó con fuerza el acelerador.

La cola de su coche acababa de rebasar la farola cuando el disco cambió de verde a rojo. Inmediatamente, una riada de vehículos obstruyó el paso del que le seguía. George sonrió. Lo había burlado.

Después del éxito de su ardid, ganó a todo gas la Ruta 104 y no se detuvo hasta más allá del puente de Wartburg. Sus ojos habían escrutado ambos lados de la pista. Un poco antes de la estación de gasolina descubrió una casa que se ajustaba a lo dicho por Cornelutti; y en efecto, su puerta ostentaba un rótulo que rezaba: «Lack House».

Con el corazón latiéndole desordenadamente, George violentó sin contemplaciones una ventana y se introdujo en el edificio. No adoptaba la menor precaución. Encendió luces. Abrió todas las puertas. Registró la planta baja, luego el piso, y por fin descendió a los sótanos.

La escalera estaba a obscuras, y no encontró el interruptor hasta que llegó abajo. Abrió más puertas: una, dos. La última fue la tercera.

Sonia estaba atada a la única silla de la habitación.

—¡George!

Él no dijo nada, porque no sabía qué decir. Pero se precipitó hacia la muchacha y la desató con manos febriles. A ella le fallaron las piernas al ponerse en pie. La tomó en brazos, la estrechó apasionadamente contra sí, en silencio, escuchando sus sollozos de dicha, sintiendo en la mejilla la humedad de sus lágrimas. Y después la besó.

Subió con Sonia en brazos hasta el primer piso. No quería soltarla, como si tuviera miedo de volverla a perder. Mientras él ascendía por la escalera, la joven se abrazaba a su cuello, adosaba su rostro al suyo y acariciaba dulcemente con los labios la línea

firme y enérgica de su mandíbula. Ninguno de los dos pronunció tina palabra.

La caja fuerte estaba en una habitación amueblada como despacho. George la abrió sin dificultad. Casi no había nada dentro, salvo un pliego de papel timbrado, manuscrito y cubierto de fórmulas. Los timbres rezaban: «Instituto Burnham — Laboratorio de Física Nuclear». Y en la primera página aparecía estampillada la palabra: «Alto Secreto».

Momentos después, el coche de George avanzaba por la Ruta 104 de regreso al centro de la ciudad. El abogado conducía ciñendo con un brazo la adorable cintura de Sonia.

CAPÍTULO XVIII

El hombre de gafas ahumadas y corbata de lazo azul se inclinó para introducir una fina lámina de acero en la cerradura. Durante un corto intervalo se oyó un insistente chirrido, al que siguió un chasquido sordo. Luego, el hombre empujó la puerta y ésta se abrió.

En el vestíbulo, el hombre se puso unos guantes negros. No parecía tener demasiada prisa, ni revelaba la menor inquietud por haberse introducido de aquel modo en casa ajena. Su mano enguantada dio vuelta al interruptor de la luz. La misma mano se dirigió a su axila izquierda y sacó una pistola «Luger». Por último, ajustó a la boca del cañón mi pequeño cilindro silenciador.

Con la pistola en la mano, el hombre entró en el dormitorio.

—Qué facha más lamentable, señor Cornelutti —dijo. Su voz era áspera, de cerrado acento extranjero—. ¿Ha sufrido un accidente?

Cornelutti alzó sus asustados y doloridos ojos.

—¿Quién es usted?

—Llámame Drobnieck.

—¡Drobnieck! ¡Por fin! ¡Por fin!

—¿Qué le ha pasado?

—Vine… a protegerme contra cierto individuo…

—Vino a por lana, ¿no se dice así?

—¡Desáteme!

El hombre de las gafas ahumadas sonrió.

—Calma, señor Cornelutti.

—¡Desáteme si no quiere que todo se eche a perder! ¡Ese hombre me ha forzado a revelarle…!

—Calma, señor Cornelutti —repitió Drobnieck, interrumpiéndole con frialdad—. Es un poco tarde para ponerse histérico. Se ha comportado usted como un pobre imbécil, como un

vulgar aprendiz. Afortunadamente, vengo siguiendo sus pasos desde el principio. He enviado en pos de George Gálvez a un muchacho muy inteligente. Espero que remedie el daño que usted ha causado.

El italiano se tranquilizó.

—Debí suponerlo.

—¿Sí? —Drobnieck mostró los dientes en una sonrisa—. Dígame, ¿qué le ha contado a Gálvez sobre nuestro pequeño asunto?

—Nada.

La «Luger» se movió rápidamente y le abrió a Cornelutti una herida en el pómulo.

—¿De veras?

—¡Se lo he dicho todo! —gimió el italiano—. ¡Todo lo que sé! ¡Y tal como estoy ahora, le cantaré a usted ópera si me lo pide!

Drobnieck, con un gesto elegante, montó la pistola. Cornelutti lo vio y exclamó:

—¿Qué va a hacer?

—Ahorrarme una fortuna: la que le hubiera pagado por los documentos sustraídos del Instituto Burnham.

—¿Qué?

El hombre de las gafas se inclinó, sonriendo aún.

—Voy a matarle, si lo prefiere con otras palabras. Posee usted la suficiente inteligencia para darse cuenta de que ya no me es de ninguna utilidad. Más bien, diríamos, todo lo contrario. —Drobnieck enderezó el arma y le apuntó al rostro—. Feliz viaje, señor Cornelutti.

—¡No! —chilló el italiano, debatiéndose como loco en la silla. A sus ojos asomaba un terror pánico, fanático. Terribles convulsiones sacudían su rostro—. ¡No, no, no!

Drobnieck le estudió con interés.

—Lo siento, créame. Pero estaba usted condenado desde que cometió ese asesinato estúpido. Admiro su buena intención. Sin embargo, me asquea su torpeza —en pleno frenesí, Cornelutti no le escuchaba—. Muy bien —el hombre se encogió de hombros—, acabemos.

Sus pupilas semejaron hacerse más pequeñas.

Apretó el gatillo una sola vez.

Un rosetón de sangre fresca se dibujó en la frente del italiano.

—Adiós, señor Cornelutti —murmuró afectuosamente Drobnieck.

Se acercó al muerto y, tras contemplarlo unos segundos, procedió a registrar rápidamente sus ropas. No se quedó con nada de lo que encontró en sus bolsillos. Antes de apartarse le cerró los ojos.

—Qué pena —dijo.

Desenroscó el silenciador y se lo guardó, así como la pistola. Luego, con los guantes puestos y la sonrisa todavía en los labios, abandonó tranquilamente la casa.

En ésta reinaba gran animación cuando llegó George conduciendo a Sonia. La puerta estaba abierta de par en par. Un hombre alto y corpulento montaba guardia en el vestíbulo. Johnny, hundido en un sillón, bebía *whisky*. Su cara no expresaba el menor contento.

George captó en todo aquello como un amago de hostilidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

El
G-man
se levantó lentamente.

—De modo que traes a Sonia Roberts.

—Sí —el abogado rodeó con un brazo los hombros de la muchacha—. Sonia, te presento a mi hermano Johnny.

Johnny añadió distraídamente:

—Tanto gusto. Es una lástima, George, que cuando ella recobra la libertad tengas tú que entrar en la cárcel. Puede que yo sea, en el fondo, un puritano, pero me parece que esa libertad se ha logrado a un precio absurdo.

George miró a su hermano sin comprender.

—¿Qué dices?

—Echa una mirada al dormitorio. Usted, señorita, quédese aquí. La película de ahí dentro ya la ha visto en sesión de estreno preferente.

George fue al dormitorio y se le oyó silbar. Volvió rascándose la cabeza.

—No creerás que me lo he cargado yo, Johnny.

—¿Forzó él la cerradura?

—No.

Sonia dijo:

—Se llevó mis llaves. Estaban en mi bolso… en su coche…

—Entiendo. En tal caso, alguien ha estado aquí entre tu partida, George, y mi llegada. Alguien que le pegó un tiro a Cornelutti con un arma de grueso calibre. Alguien que forzó la cerradura para entrar.

El abogado miraba al suelo, pensativo.

—Yo sólo sé que Cornelutti se introdujo en el departamento a primera hora de la noche, mientras yo dormía. Pude recobrarme a tiempo de la sorpresa y dominarle. Era un hombre blando, se le salía la lengua de la boca… Me dijo enseguida dónde estaba Sonia, y dónde los papeles robados en el Instituto.

—¿Tienes esos papeles?

—Sí.

—A ver.

George sacó el pliego del bolsillo. Johnny lo tomó y lo examinó a la luz. Su malhumor semejó desvanecerse.

—¡Dios mío, qué peso me he quitado de encima! Gracias. Un millón de gracias. Nunca olvidaré esto. Es más de lo que esperaba de ti, y esperaba mucho.

El abogado agregó:

—Ahora me explico algunas cosas… Cuando salí de aquí, una persona me siguió en coche. Pude darle esquinazo, y pensé que habría estado vigilándome; pero no, sin duda debía de guardarle las espaldas a Cornelutti. Esa misma persona, o un cómplice, vino entonces al departamento y mató al italiano en castigo a su delación. ¿Quieres saber su nombre?

El
G-man
miró fijamente a su hermano.

—Claro que sí.

—Drobnieck.

—¿Drobnieck? ¿Quién cuerno es Drobnieck?

—El individuo a quien Cornelutti iba a vender ese documento.

—¿Te lo dijo él?

—Me dijo todo cuanto sabía —asintió George.

Y relató con el mayor detalle las incidencias del interrogatorio a que había sometido al italiano. Johnny le escuchó dando inquietas

vueltas entre sus manos al precioso pliego de papel.

—Fue ese Drobnieck —murmuró después el policía—. Muerto Cornelutti y recobrados los papeles del Instituto, ya solamente nos interesa él. Pero lo difícil será encontrarle.

El abogado anunció a media voz:

—Tengo un plan.

—¿Tú?

—SI.

—¿En qué consiste?

George sacudió negativamente la cabeza.

—No, Johnny, no lo aprobarías jamás si te lo contara, y reconozco que hay apenas una probabilidad entre un millón de que alcance éxito. Sin embargo, lo intentaré. Y necesito tu ayuda.

—George, no me gusta eso.

—Lo supongo Sigue adelanté con tus métodos, que yo utilizaré los míos. ¿Me ayudarás o no?

—Estaría loco si no lo hiciera. ¿Qué quieres?

—Un pliego de papel del Instituto sellado y estampillado como el que Cornelutti robó y con unas anotaciones científicas que puedan pasar por valiosas sin serlo. Y el secreto más absoluto acerca de que el verdadero pliego ha sido recobrado.

Johnny titubeó.

—Cuidado con lo que haces, George. Creo adivinar…

El abogado rió.

—No adivines —se aproximó a Sonia y la ciñó por la cintura—. ¿Estás dispuesto a procurarme ese pliego? ¿Y a silenciar lo demás?

—Sí.

—Entonces no hay más que hablar. Dispón que se lleven de aquí el cadáver, y vámonos. Me apetece tomar por ahí una copa.

Johnny detuvo en la pareja su mirada. Luego consultó el reloj.

—De acuerdo. Llamaré a Gene para que se nos una.

Capítulo xix

Parecía un anuncio idiota, pero no lo era. Durante dos días lo habían publicado todos los periódicos de la mañana y de la noche; los mismos periódicos que daban cuenta del trágico fin del verdadero Richard Cornelutti y del rescate de Sonia Roberts pero que no mencionaban una sola palabra acerca de que se hubieran recobrado los papeles robados en el instituto Burnham. La poderosa máquina del
F. B. I.
se rodeaba, cuando quería, de un muro de secreto impenetrable.

El anuncio decía solamente:

> «*Drobnieck. —Tengo algo en venta—. Teléfono AED 369 978*».

A lo largo de aquellos dos días. George Gálvez no mantuvo el menor contacto con su hermano ni con ningún miembro de la policía federal. Tampoco atendió a los periodistas, que le asediaron hasta cansarse. Y apenas vio a Sonia un par de veces.

No se había movido de casa. El anochecer del día segundo le encontró tumbado en la cama, completamente vestido, fumando y bebiendo. Los rótulos luminosos de la acera de enfrente inundaban intermitentemente: de claridad la habitación. El tránsito era en la calle más y más intenso. Los claxons rompían el silencio, turbaban la monotonía.

Fue entonces cuando el teléfono sonó.

—Hable —dijo George, tras descolgar el aparato.

E inmediatamente se pusieron en tensión todos sus músculos.

—Es usted el abogado George Gálvez, según creo —respondía una voz masculina, con áspera pronunciación extranjera—. El que ha insertado cierto anuncio en los periódicos.

—Sí. Y usted es Drobnieck.

—Su anuncio me interesa.

—Lo supongo. Por eso lo hice insertar.

La voz inquirió rudamente:

—¿Qué juego es el suyo Gálvez? ¿Cómo ha podido imaginar que voy a caer en una trampa tan inocente?

—Yo no pido nada. Ofrezco. Usted sabrá lo que debe hacer.

Hubo unos segundos de silencio.

—Cuelgue su aparato —dijo Drobnieck—. Volveré a llamarle dentro de diez minutos. No quiero exponerme a que la policía me localice.

Gálvez colgó el teléfono con una sonrisa de satisfacción. Comprendía perfectamente lo que Drobnieck estaría pensando, cuáles serían sus vacilaciones, sus dudas. Aparentemente, el anuncio era una burda trampa para arrojarle en manos del F. B. I.; pero, precisamente por ser tan burda, resultaba una trampa desconcertante. Los periódicos habían hablado extensamente del asesinato de la calle Cuarenta y Dos, del enigma de los dos Cornelutti, del secuestro de Sonia Roberts y de su posterior rescate. En cambio, de los papeles robados en el Instituto Burnham, de la traición abortada de Richard Cornelutti, no publicaban una sola palabra. Drobnieck debía de saber que Richard Cornelutti le había contado a él, George Gálvez, toda la verdad. A él, no a los agentes federales. Cabía, pues, desde su punto de vista, una posibilidad, aunque remota, de que George se hubiera decidido a última hora a obrar por su cuenta y obtener un provecho económico de su trabajo. En el mundo equívoco en que se movía Drobnieck la gente solía comportarse así: cometía traiciones por dinero. Que la hiciera un abogado neoyorquino, el propio hermano de un G-man, no podía, parecerle completamente descabellado.

Drobnieck habría pesado largamente los pros y contras del asunto antes de decidirse a actuar, y no lo haría sino con infinitas

precauciones. Pero George estaba dispuesto a tranquilizarle. Su arma decisiva era que Drobnieck tenía mucho que ganar y nada que perder, en apariencia, si se le repartían bien las cartas.

El teléfono volvió a sonar.

—¿A cuánto ascienden sus pretensiones? —preguntó sin ambages la voz extranjera.

—Cite una base.

—Cien mil.

George rió.

—Si tanto le gusta la ingenuidad ¿por qué no se marcha a ver una película de Pier Angeli?

—¡Doscientos cincuenta mil!

—Está mejor, pero no del todo.

—¡Medio millón! ¡Le advierto que es mi última cifra!

¡Medio millón de dólares! George se acarició la garganta. Drobnieck sabía tratar a los hombres, por supuesto. Su aplomo empezaba a sacarle de quicio.

Medio millón de dólares eran un auténtico anzuelo de oro.

—Está bien.

La comunicación se cortó bruscamente. George colgó y esperó con la vista fija en el aparato. Esta vez, el intervalo hasta la siguiente llamada fue bastante más corto.

—¿Tanto le ha emocionado que aceptara? —inquirió el abogado.

—He vuelto a cambiar de teléfono. Pura precaución.

—¿Queda cerrado el trato?

—Sí.

—¿No desconfía de mí?

El tono de Drobnieck fue muy sereno:

—Es usted quien se expone. A partir de este instante le someteré a vigilancia, y ni una barrera de policías podrá salvarle de la muerte si intenta hacerme traición. Puede que usted me engañe. Muy bien, corro el riesgo. Tal como hago yo las cosas, no tengo nada que perder.

George sonrió. «No tengo nada que perder»; ésta era la frase que había esperado.

—Drobnieck, es usted un hombre inteligente. ¿Cuándo nos vemos?

—A las tres de la madrugada le aguardaré en el trescientos de la

calle Underriver. Es un garaje. Lleve consigo lo que dice tener en venía y vaya solo. Sabe usted lo que me juego en esto, ¿no es así, Gálvez?

—Más o menos.

—Comprenderá entonces que un solo movimiento sospechoso de su parte, o cualquier intento de darme gato por liebre, le enviará automáticamente a la tumba. Esté donde esté y haga lo que haga, aunque se crea en absoluta seguridad.

—¿Eso no suena un poco melodramático?

—Pruébelo.

—No, gracias. Prefiero percibir el medio millón en paz.

—¿Le conviene en billetes de cincuenta? —inquirió Drobnieck cortésmente—. Son más seguros. Diez mil billetes. Le prepararé a usted un maletín.

—Está usted en todo.

—Sí —murmuró el extranjero.

Y nuevamente quedó cortada la comunicación.

El teléfono, ahora, ya no volvió a sonar. George pasó algún tiempo reflexionando, fumando, bebiendo *whisky* a pequeños sorbos. Por fin se decidió a moverse. Se dio una ducha tibia y se afeitó. Comió un bocado. Luego puso el despertador a las dos y cuarto y se tendió plácidamente a dormir. Sabía que a partir del momento en que el despertador sonase, iba a vivir las horas más críticas de su existencia. Pero hasta entonces…

CAPÍTULO XX

George pasó de largo ante el número 300 y detuvo su coche unos metros más allá. La calle Underriver era estrecha, como un cañón entre las altas tapias de tinglados y almacenes, corría paralelamente al Hudson. La humedad del río se había depositado en las piedras, y los charcos eran abundantes en el descuidado pavimento.

Con las manos en los bolsillos del gabán, el abogado anduvo lentamente. No se veía nada sospechoso. Lejos, sonaba una sirena. Más lejos aún, un reloj desgranó tres campanadas.

En una calleja transversal, un borracho se agarró a un farol para no caer al suelo. George dedicó una mirada al farol. Proyectaba un círculo de luz amarilla. Era como la reliquia de un viejo Nueva York ya olvidado. Hacía casi medio siglo que en la ciudad no se plantaban faroles así.

El borracho se decidió a soltarse, tras desesperados y grotescos esfuerzos para mantener el equilibrio, y alcanzó tambaleándose la esquina de Underriver. Allí cayó. Aunque estaba casi en medio de la calzada, renunció a levantarse. Sacó trabajosamente una botella y echó un trago.

George estaba llegando al número 300 cuando oyó pasos a su espalda. Pero no se detuvo ni se volvió. Empujó resueltamente la puerta del garaje. Abierta. Entró y se apartó con prudencia del cuadro luminoso que enmarcaba su figura. El interior se hallaba a obscuras. Cerró la puerta y se quedó inmóvil.

Tenía en la mano una pistola automática en el momento en que se encendió al fondo una débil bombilla. El lugar era una enorme y solitaria sala. Como a diez metros de la bombilla se veía la mole de un Ford rosa y negro.

—¡Drobnieck! —llamó el abogado.

De junto al coche se destacó una sombra que avanzó despacio, sin decir nada. George añadió:

—¿Es preciso echarle tanto teatro al, asunto?

Y enseguida descubrió que no había tal teatro. Una cosa brillaba casi imperceptiblemente, al reflejar la escasa luz, en la mano del hombre que avanzaba a su encuentro. Un revólver. Y aquel hombre no avanzaba solo. Había otro a la derecha. Otro a la izquierda…

En lugar de adosar la espalda a la pared para asegurarse un buen campo de tiro, George echó a andar directamente hacia el individuo procedente del «Ford», Esto le situó en el centro de un triángulo de armas y completamente al descubierto, pero le aproximó a la bombilla, que era lo que deseaba.

Uno de los tres hombres dijo:

—Suelte el hierro.

George no había esperado en ningún momento que Drobnieck jugara limpio, y no obstante le parecía absurda la manera de proceder de aquellos desconocidos. Apelar a la violencia no resolvía nunca nada.

—¿Cuál de ustedes es Drobnieck? —preguntó.

Obtuvo la respuesta indirectamente. La voz áspera que oyera por teléfono ordenó desde el coche:

—¡Traedle pronto!

—¡Suelte el hierro y vamos!

El abogado no soltó nada.

—¡Y un cuerno! —exclamó—. ¡Drobnieck, aleje a sus gorilas y venga usted aquí! ¿O se ha propuesto estropearlo todo?

—¡Traedle!

La situación se ponía fea. George comprendió que no tenía más remedio que utilizar el recurso que había planeado al encenderse la bombilla. En consecuencia, se dejó caer de rodillas y disparó rápidamente contra la luz. Se hizo la obscuridad. Sonaron unos juramentos.

El abogado giró sobre sí mismo, se apartó del lugar que ocupaba al hacer fuego y no paró hasta llegar a la pared. Durante unos segundos no ocurrió nada. El silencio era agobiante. Luego, con una invisible sonrisa, George procedió cuidadosamente a quitarse los zapatos.

—¡Gálvez! —llamó Drobnieck.

No hablaba desde el coche, sino desde más lejos aún. El abogado, que no era tonto, no contestó. Los pistoleros estaban esperando oír su voz para localizarle.

Les dio ocasión de hacerlo, y de hacerlo mal, arrojando uno de sus zapatos a cierta distancia. Una serie de pequeñas explosiones, como de tapones de champaña, siguió al ligero ruido. Los forajidos usaban silenciadores. Siguiendo su ejemplo, George acopló el suyo a la pistola. Tenía la esperanza de que el solitario disparo con que apagó la luz no hubiera dado la alarma. Sería una pena que a última hora se estropease el asunto por culpa del excesivo celo de cualquier policía de servicio en los muelles.

En esto, George gritó:

—¡Imbéciles!

Y echó a correr para mudar de sitio.

Sucedió lo que esperaba: de un punto peligrosamente próximo brotó un fogonazo violáceo. George disparó sin dejar de correr. Oyó una blasfemia y el choque sordo de un cuerpo contra el piso de cemento.

¡Otro fogonazo!

George disparó dos veces más. Un tétrico gemido le reveló que no había fallado. Quedaban solamente Drobnieck y un hombre útil.

—¡Alto ya! —exclamó entonces el espía—. ¡Usted gana, Gálvez!

Temeroso de que se tratara de una estratagema, el abogado guardó silencio. Pero Drobnieck insistió:

—¿No me oye? Si trae consigo los papeles arreglaremos esto como amigos. Basta de armas.

George se tumbó en el suelo.

—¡Encienda una cerilla!

Aguardó. Iba ya a incorporarse cuando una llamita iluminó una cara cubierta por unas gafas ahumadas. Sin embargo, no se movió hasta que vio al pistolero ileso entrar también en el círculo de luz.

Entonces se levantó y echó a andar.

Mientras andaba, la cerilla se consumió y quemó los dedos de Drobnieck, quien la dejó caer. George nunca supo por qué había hecho lo que hizo en aquel instante. En una décima de segundo flexionó las piernas y saltó en plancha. Fue únicamente esto lo que le salvó la vida, nada más. Cuando la pistola del compañero de Drobnieck comenzó a escupir fuego y plomo, él ya no estaba donde

debió haber estado.

Tendido en tierra, furioso, apretó dos veces el gatillo de su amia. Y esta vez no mudó de posición. El gemido agónico que oía le reveló que no era necesario.

—¡Cochino imbécil! —bramó Drobnieck.

El abogado preguntó:

—¿Sigo disparando?

—¡No! ¡Voy a encender otra cerilla! ¡Yo nada tengo que ver con lo que ha hecho este inepto!

De nuevo, una cabeza con gafas ahumadas y una mano que sostenía una cerilla surgieron como una aparición de entre la obscuridad.

—Terminemos de una vez —dijo George—. ¿Dónde tiene los billetes?

—En el sótano.

—Vamos.

A la derecha de donde estaba el «Ford» había una puerta, que Drobnieck abrió. Una escalera descendente. La mano del espía dio vuelta al interruptor de una luz. George, que caminaba detrás de él con la pistola presta, vio unos estrechos y húmedos peldaños y unas oxidadas tuberías de las que se desprendían abundantes gotas de agua.

El contraste con lo que encontró abajo le sorprendió: una sala muy bien amueblada, con una mesa escritorio en un rincón, sillones, una biblioteca, dos ficheros y algunos anaqueles metálicos.

—¿Quiere beber algo?

George se dejó caer en un sillón. Vigilaba atentamente a Drobnieck, sin soltar el arma.

—Quiero que no perdamos tiempo. A ver el azúcar.

—Sí —el espía deshizo el lazo de su corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa. Sudaba copiosamente, a pesar de la humedad y de la corriente de aire que se percibía, y cuyo origen no atinaba George a establecer—. ¡Oh, claro que sí! Sería tonto perder tiempo.

Era un hombre extraño, de apariencia muy europea y muy solemne, como de antiguo diplomático alemán. Estaba sumamente nervioso. Tal vez esperaba algo, pensó George; pero era imposible adivinar qué.

Drobnieck se dirigió a uno de los archivos y lo abrió con una llave que sacó del bolsillo del chaleco. Extrajo primero un voluminoso maletín y lo depositó sobre la mesa. Después arrojó a ésta un fajo de billetes.

George se levantó del sillón para acercarse.

—Aquí no hay quinientos mil dólares.

—Hay cien mil. Quedan cuatro fajos más. Pero… si me permitiera usted ver esos papeles…

Tranquilamente, George sacó un pliego del bolsillo interior de la chaqueta y lo tendió al espía. Éste, por un instante, semejó olvidarse de todo. Examinó el papel con atención enfermiza. Pasó dedicado a ello más de cinco minutos, que el abogado dejó transcurrir pacientemente.

Drobnieck dijo al fin:

—Parecen auténticos.

—Usted sabrá. Si no lo son, Richard Cornelutti nos ha engañado a ambos. ¿Me hace el favor del resto del dinero?

—Oh, si. Discúlpeme.

El espía regresó junto al archivo y arrojó dos fajos más sobre la mesa. Pero lo que arrojó después ya no era un fajo.

George estaba atento a todos sus movimientos, con los sentidos alerta, y aun así la rapidez de Drobnieck fue tanta que su acción le tomó de improviso. En lugar de un cuarto fajo de billetes, el espía sacó del archivo un cuchillo de corta hoja y pesado mango y lo lanzó hábilmente contra él. La distancia que los separaba era poca. George no pudo esquivar el arma, ni protegerse, ni disparar. Nada. Solo, por puro instinto, se encogió, y el cuchillo mordió su carne quizá unos centímetros más arriba de lo que había calculado Drobnieck. Pero la hoja se le hincó. Emitió un truncado gemido. Cayó al suelo y allí quedó inmóvil.

De un puntapié el espía le volvió boca arriba. George yacía con los brazos abiertos y la mirada vidriosa perdida en el vacío. No parecía constituir peligro para nadie.

Satisfecho, Drobnieck abrió el maletín y procedió a meter dentro los billetes. No prestaba al caído la menor atención, ni siquiera cuando pisó su mano. George continuaba inmóvil.

Del archivo sacó el espía más dinero, que metió también en el maletín. Y fue cuando esta operación estuvo terminada, cuando

volvía a abrocharse la camisa y rehacía su corbata, el momento en que su satisfacción se malogró.

Arriba, en el garaje, se oyeron pasos precipitados y voces de mando. Pesados pasos. Voces rudas.

Drobnieck abandonó el lazo de su corbata y cogió presuroso el maletín. Corrió a los anaqueles. Oprimió algo. Sonó un clic y, suavemente, se abrió un rectángulo en el muro.

Por allí desapareció.

En aquel mismo instante había cobrado vida la mirada de George. Éste enderezó la cabeza con el tiempo justo de ver al espía escabullirse por la abertura y, haciendo un enorme esfuerzo, se levantó, Apretó los dientes y asió con ambas manos el mango del cuchillo que tenía clavado. Se puso pálido, y después gris, pero arrancó de su pecho la ensangrentada hoja. La arrojó lejos con un gesto de repugnancia.

Luego se taponó la herida con un pañuelo y, tambaleándose, partió en pos de Drobnieck.

CAPÍTULO XXI

La abertura del muro daba paso a un corredor de un metro de anchura y algo más alto que un hombre. El aire era allí pestilente y se oía un rumor continuo, como si hubiera al frente una corriente de agua.

Empapado en sudor frío y con la sensación de vivir una pesadilla, George se introdujo en el túnel. El dolor se le hacía cada vez más intenso. Tuvo que avanzar apoyándose en la pared. Un millón de hormigas parecía recorrer su brazo izquierdo, y cuando quiso cambiarle el cargador a la pistola que conservaba en la mano y tirar del cierre, hacerlo le resultó un verdadero martirio.

No veía a Drobnieck. Sólo oía, al fondo, los cañonazos de sus pisadas retumbando en hueco. Un momento después, el pasadizo terminó al borde de una impetuosa corriente de agua. El hedor era en aquel lugar intolerable. George sabía ya dónde se había metido: una cloaca; pero se le empezaba a nublar la vista, no podía más, le daba vueltas la cabeza. De un modo vago, comprendió que, pocos metros más allá, Drobnieck huía por la estrecha cornisa que bordeaba aquel canal pestilente, e hizo un tremendo esfuerzo para levantar la pistola y fijar ante el punto de mira los borrosos contornos de su silueta.

Disparó.

El cemento devolvió mil detonaciones y mil gritos. George disparó dos veces más. Como un espantoso trueno, los ecos recorrieron la cloaca.

Drobnieck estaba herido. Había soltado el maletín y, los brazos colgando como ramas muertas, proseguía su fuga. A los pocos segundos había el abogado dejado de verle.

No supo cómo, porque ya apenas se tenía en pie, pero llegó al

punto donde había caído el maletín. No muy distantes sonaban los pasos de varias personas, que el eco convertía en los de un regimiento. Sus voces las repetía la bóveda fantasmagóricamente. Daban la impresión de un coro de locos en el que cada componente chillara a su aire.

George recogió el maletín. A un par de metros y casi a la altura de su cabeza, un chorro de agua sucia brotaba de la pared y se unía al canal central. Debajo había un saliente de piedra, semioculto por el agua misma. Con una vaga sonrisa en los labios, el abogado levantó el maletín hasta allí y lo dejó en el saliente. Luego retrocedió. No le quedaban fuerzas. Las náuseas le invadieron. Le dio una arcada y se apoyó en la pared. Fue escurriéndose despacio, hasta sentarse en el suelo, con las piernas colgantes y los pies hundidos en la corriente de inmundicia. Ya no se daba cuenta de nada.

Así le encontró el primer agente que llegó a su lado. Johnny corría detrás. Murmuró un juramento al ver la mancha de sangre que le empapaba a su hermano toda la camisa.

—¿Vivo?

El agente había desgarrado la tela para examinar la cuchillada.

—Sí. Pero hay que atajar la hemorragia inmediatamente.

—Ocúpate de él. Subidlo arriba con cuidado, ¡pronto!

Johnny Gálvez continuó adelante, con media docena de hombres en pos. En seguida llegó a un túnel mucho más ancho y mejor iluminado, donde una corriente de aire fresco le azotó el rostro.

Pat Coletta y dos agentes de la Metropolitana aparecieron por una galería lateral.

—¡Nada! —anunció el primero.

En un momento, el gran túnel se llenó de detectives y guardias uniformados. Las voces, las pisadas y un silbato que sonó tres veces componían una sinfonía colosal.

Uno de los guardias dijo:

—¡Hay una trampa abierta en esa galería!

Johnny corrió hacia allí. Era verdad. Trepó por la escalerilla de hierro y se encontró en la calle. La trampa metálica había sido levantada, echada a un lado: fue el camino que utilizó Drobnieck para escapar.

—¡Coletta!

—¡Aquí!

—¡Avisa a los patrulleros de este sector para que corten todas las salidas! ¡Aunque tengamos que registrar casa por casa, daremos con él!

Mientras Coletta se alejaba en dirección a su coche para radiar el aviso, Johnny miró en torno. Estaba en una calle negra, solitaria, húmeda, a pocos pasos del río. La calle peor adoquinada que viera jamás.

Aún no se había movido cuando sonó un silbato. Escuchó. Cerca, Sonaba otra vez, claramente:

uno-dos,

uno-dos,

¡era la señal!

Echó a correr.

—¿Por dónde? —preguntó a un guardia que empuñaba una metralleta.

El policía indicó la dirección con el arma. Johnny llegó a otra calle más estrecha y que olía peor. La tapia que la cerraba a un lado correspondía probablemente a un depósito de productos químicos.

Dos detectives de paisano intentaban ver algo en la obscuridad.

—Pasó por allí hace un instante. No puede estar lejos.

Entraron en la calle con precaución.

Johnny creyó entonces distinguir una sombra en un tejado. Pero no hubo tiempo de cerciorarse. Empujó violentamente al detective que tenía más próximo, arrojándole al suelo, y él se guareció en un portal. La sombra que vislumbrara arriba les envió una rociada de balas.

—¡Le encontramos!

La puerta de la casa estaba cerrada. Johnny la abrió de un tiro.

—¡Voy a por él! ¡Bloquead la calle, rodead la manzana!

Se lanzó como loco escaleras arriba, sin una sola luz, guiado por un sexto sentido. La casa era un vetusto edificio comercial, y probablemente, a aquella hora de la noche, no había absolutamente nadie en él.

Cuando abrió la puerta de la azotea, una bala le rozó. Saltó hacia un nuevo refugio, y sonaron dos detonaciones más. Las balas zumbaron muy próximas. Estaba buscando con la vista al tirador. No consiguió localizarle.

Había visto los fogonazos. Esperó unos segundos, conteniendo la respiración, y luego se enderezó e hizo fuego. Oyó una especie de gañido, unos pasos. Luego, silencio profundo.

Avanzó con el arma presta, jugándose la vida a sabiendas, pues su silueta se recortaba contra el cielo estrellado, pero no ocurrió nada.

Junto a la pared medianera de la casa vecina encontró unas manchas húmedas que no eran de agua, sino de sangre. Drobnieck había pasado a la azotea inmediata.

Él saltó también, y halló abierta la puerta de la escalera.

Corrió a asomarse a la calle.

—¡Vigilad la entrada! ¡Está aquí!

Había un patrullero en la esquina, había luces, había en la calle una veintena de hombres bien armados. Drobnieck no podía escapar.

En el momento en que iba a introducirse en la escalera, ésta se iluminó. Los hombres de abajo habían descubierto el interruptor. Se oían sus voces:

—¡Gálvez!

Se asomó. La escalera aparecía desierta. La casa era de vecindad, aunque no se veía a nadie.

Algo se movió en uno de los rellanos. Gálvez saltó. A punto. Dos balas mordieron la pared en que se apoyara su cuerpo. Respondió rápidamente a los tiros y, pensando que el momento era propicio para ganar terreno, en cuatro saltos cambió de ángulo.

Tabletearon las metralletas de los guardias.

—¡Alto el fuego! —gritó Johnny. Y añadió—: ¡No tiene escape, Drobnieck! ¡Está acorralado! ¡Ríndase!

Renovaba el cargador de su pistola cuando una áspera voz de acento extranjero contestó:

—¡Venga a buscarme!

—¡No sea necio! ¡Entréguese!

Ahora le respondió un disparo.

—¡Muy bien, usted lo ha querido!

Cerró un segundo los ojos. Vio mentalmente a George, allí, en la cloaca, como muerto, con la camisa roja de sangre. Esto le dio valor.

Se precipitó como una fiera escaleras abajo. Drobnieck trató de

detenerle a balazos. Fue inútil. Fue como intentar detener un ciclón.

Ya en el rellano, la pistola del G-man emitió un rugido. Drobnieck quiso evitar aquel chorro de balas. Quiso huir. Resultó grotesco su modo de retorcerse, acribillado. Sus gafas ahumadas se hicieron añicos. El ruido siniestro de su cuerpo rebotando de peldaño en peldaño, cuando ya el percutor de la pistola de Johnny golpeaba en vacío, puso punto final a la escena.

Coletta fue uno de los primeros en subir.

—¿Qué ha sido de George? —le preguntó Johnny sombríamente.

—Le han llevado al Hospital Central.

El G-man tocó el cañón de su pistola. Quemaba. Se oía chillar a una mujer. Probablemente llevaba mucho rato desgañitándose, sin que nadie le prestara atención.

Varias puertas empezaron a abrirse, mostrando caras curiosas. Johnny se fue al Hospital Central.

Capítulo XXII

Johnny miró a Sonia, sentada Junto a la cabecera de la cama. Y a George, pálido, pero sonriente.

—Fuiste un loco —dijo—. Las circunstancias lo exigían, lo comprendo, pero estuviste a punto de fracasar. Para tener éxito era necesario que Drobnieck se asegurase de que no existía el menor contacto entre tú y nosotros. Así fue. Sin embargo esto tenía el inconveniente de que no podías prevenirnos del momento en que debíamos entrar en acción. Un inconveniente, George, que pudo costar muy caro.

El abogado sacudió la cabeza.

—No, Johnny. Vosotros confiasteis en mí. Yo confié en vosotros. Sabía lo que del F. B. I, se puede esperar. La prueba es que llegasteis a tiempo.

—En fin, ya todo terminó felizmente —el G-man consultó su reloj—. Me voy, Gene está esperándome. Ahí fuera hay ciento veinte periodistas. Recíbeles. Te harán famoso.

George tomó entre sus manos la de Sonia.

—Ahora no. Diles que me siento débil.

Johnny abrió la puerta.

—Muy bien, Quijote —dijo a modo de despedida—. Sonia te fortalecerá.

Salió.

Sonia se inclinó y rozó con sus labios la frente del herido.

—Tu hermano te conoce bien. Te ha llamado Quijote.

—Sí —dijo George.

Y, de pronto, rompió a reír.

—George, ¿qué te ocurre? ¡George! ¡Tú herida, por Dios!

Pero él continuaba riendo. Pensaba en lo primero que haría el día que saliese del hospital, cuando su herida hubiera cicatrizado. Lo primero. Descendería a una cloaca próxima al río y retiraría de un saliente de piedra el maletín que tuvo cuidado de ocultar bajo un torrente de agua sucia.

¡Un maletín que contenía medio millón de dólares!

Había sangre latina en sus venas. Toda su sangre era latina. La sangre de Don Quijote, por supuesto. Pero también la de Sancho Panza, la del Lazarillo de Tormes o la de Marcos de Obregón.

Se incorporó un poco y atrajo a Sonia hacia sí.

—Tú verás —murmuró, con los ojos brillantes—. Tú verás, el día que nos casemos, ¡qué regalo de boda!

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona,
1924-1996).
Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William
O'Conor.
Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).